

## Un novio millonario

¿Por qué le había ofrecido Nikolas Petronides un trabajo a Paige en su isla griega para el verano? ¿Habría encontrado en su precaria situación económica un medio de vengarse?

Nikolas, evidentemente, no le había perdonado que se alejara de él hacía cuatro años. ¿Pero cómo podía ella haberse quedado después de que la hubiera acusado de haber utilizado su belleza y juventud para sacarle dinero? En su momento, Paige había sido una huésped bienvenida en su casa, ahora sería una empleada. ¿Qué esperaba Nikolas de ella?

### Capítulo 1

EL hombre que estaba sentado en la mesa no era Martin Price.

El estómago le dio un salto a Paige mientras seguía al camarero que la conducía por el restaurante. Debía tratarse de un error. Los hombros de Martin no eran tan anchos, su piel no era tan oscura y él era rubio, no tan moreno como el desconocido.

Estaba a punto de decir algo cuando el hombre se puso en pie y se volvió hacia ella.

—Ah, Paige —dijo y a ella le temblaron las piernas—. Me alegro de que hayas venido.

Paige no supo qué hacer ni qué decir. En aquel momento supo que era un error y lo había cometido ella. Había pensado que iba allí a encontrarse con su ex novio, pero era evidente que solo había sido un truco de alguien para atraerla allí. Se volvió al camarero, pero él ya se estaba marchando y, aunque quiso seguirlo, la gente los estaba observando y ella era demasiado cobarde como para hacer una escena.

—¿Quieres sentarte? —Dijo el hombre sonriendo e indicándole la silla delante de ella—. Me alegro de volverte a ver.

Paige dudó.

—No entiendo.

—Lo entenderás. Si me das unos minutos de tu tiempo.

—¿Por qué debería hacerlo?

—Oh, creo que me debes mucho más que eso. Por favor. Siéntate.

Paige obedeció por fin y se sentó agarrándose al bolso como a un clavo ardiendo.

—Muy bien —dijo él sentándose a su vez—. ¿Qué quieres beber?

El estaba tomando vino tinto y se sintió tentada a lo mismo, pero no tenía ninguna intención de darle ninguna ventaja.

— Agua mineral, por favor — murmuró al camarero que se había acercado.

— ¿Agua mineral?

El tono del hombre era de broma, pero ella se negó a dejarse intimidar.

— ¿Qué quieres, Nikolas? —preguntó evitando su mirada.

No quería volverlo a mirar a los ojos de nuevo. No quería sentir la repentina oleada de deseo que había sentido cuando vio quien era.

— ¿Dónde está Martin? — añadió.

— No va a venir. Ah, aquí está tu agua.

Paige lo miró, ignorando por completo al camarero.

— ¿Qué quieres decir con que no va a venir? Creí que será mejor que me digas lo que está pasando.

— ¿Sí? Parece que él no te explicó la situación cuando habló contigo.

—No.

Paige no quiso decirle que fue la secretaria de Martin la que se había puesto en contacto con ella y había organizado la cita. Se había sentido tan aliviada de saber de él de nuevo que no había preguntado por qué había decidido invitarla tan inesperadamente a almorzar después de haber roto su compromiso, y lo había hecho en uno de los más exclusivos restaurantes de Londres. El hecho de que fuera uno de sus favoritos la había convencido de que Martin se lo había pensado mejor y quería seguir con ella.

Había sido una auténtica tonta.

— ¿No sabes por qué te he invitado?

— ¿No te lo acabo de decir?

— Dime, ¿cuánto tiempo habéis estado juntos Price y tú?

— ¿Y eso qué te importa?

— Dímelo.

— ¿Por qué?

— Bueno, si vamos a tener una relación de trabajo...

— ¿Qué?

— Tranquilízate. Tú estás buscando trabajo, ¿no? Y puede que yo tenga uno para ofrecerte.

—No, gracias.

Paige apartó la mirada y se preguntó por qué le habría hecho eso Martin a ella. Había creído que la amaba. Pero también se había equivocado en eso. Se había equivocado en todo.

—No seas tonta —dijo Nikolas—. Bebe, te sentará bien.

—No quiero nada.

Paige se dio cuenta de que se estaba portando como una niña mimada, pero las cosas estaban yendo demasiado deprisa para que ella pudiera mantener algo de control sobre sus emociones—. Me gustaría saber cómo Martin supo que tú... que tú y yo habíamos...

— ¿Sido amantes?

Paige se ruborizó.

—Que nos conocíamos. Nunca fuimos amantes.

—No —admitió él—. Si no, no habrías hecho lo que hiciste, ¿o no?

—Yo no hice nada. Nada malo, quiero decir. ¿Cómo supo Martin que nos conocíamos?

—No lo supo. Por lo que a tu novio se refiere, nos acabamos de conocer ahora mismo.

—No es mi novio. ¿Te pareció divertido traicionarlo de esa manera?

—Yo no he traicionado a nadie — dijo él con cara de disgusto—. Tu Martin no es el tipo más perceptivo que conozco.

—No es mi Martin.

—No. El me dijo lo mismo.

— ¿Te dijo...? ¿Ha hablado contigo de nuestra relación?

—Digamos que, cuando tu nombre apareció en la conversación, yo lo convencí para que confiara en mí. Puedo ser muy persuasivo como estoy seguro de que puedes recordar.

Paige agitó la cabeza sin querer pensar en eso.

— ¿Qué te dijo? ¿Cómo es que lo conoces?

— Ah. Sucede que estaba buscando un nuevo asesor financiero y su empresa, Seton Ross, tiene muy buena reputación.

— ¿Así que lo conociste por casualidad?

— ¿De qué otra forma si no?

Ella agitó de nuevo la cabeza.

—No te creo.

— ¿Por qué no?

—Porque si Nikolas Petronides se acerca a una empresa como Seton Ross, no lo dejan en manos de uno de sus socios menos importantes. Te habría atendido cualquiera de los jefes.

—Cierto —dijo Nikolas sonriendo—. Me agrada ver que crees que me merezco una evaluación más experta que la que me podría ofrecer tú... amigo. Eso demuestra que no te dejaste engañar por completo por sus muy evidentes encantos. Da gracias a que él rompiera el compromiso, agaphita. Tú te mereces mucho más, seguro.

—Sigo queriendo saber cómo es que terminasteis hablando de... mi situación.

— Sí, bueno. Déjame ver, ¿cómo fue la conversación? Creo que estábamos hablando de la reciente caída de la bolsa y de cómo las firmas de corredores de bolsa no son inmunes al colapso. Naturalmente, se habló de los Tennant.

—¡Naturalmente!

— Fue después de una de las caídas más desastrosas de la década, ¿no? Y la muerte reciente de tu padre fue una verdadera tragedia. Por favor, no sabes lo mucho que lo siento. Lo que lo sentí por ti y por tu hermana.

— No necesitamos tu compasión — respondió secamente Paige.

Pero a pesar de que su padre había muerto hacía ya meses de un ataque al corazón, seguía sintiendo su pérdida.

—Etsi ki alios, es sincera. Aunque a mí no me cayera nada bien, no le desearía lo

que le sucedió ni a mi peor enemigo.

— Así que decidiste ofrecerme a mí un trabajo — dijo ella amargamente—. ¡Qué amable!

— No te pongas así, Paige. No te pega. Solo porque tu novio te haya dejado, no...

— ¿Cómo te atreves?

Paige trató de levantarse, pero el camarero pensó que pretendía acercarse más a la mesa y le empujó la silla antes de ofrecerle la carta.

Paige se vio obligada a quedarse entonces.

— ¿Cómo te atreves? —le preguntó de nuevo—. ¿Cómo te atreves a hablar de mi vida privada con...?

— ¿Con el hombre con el que esperabas compartirla? Tal vez deberías preguntarle a él por qué anda por ahí contando que las hermanas Tennant se han quedado prácticamente en la ruina.

— Oh, pienso hacerlo.

— ¿Qué? ¿Y darle la satisfacción de saber el mucho daño que te ha hecho? Piénsatelo, Paige. Como ya te he dicho antes, él no merece la pena.

— ¿y tú sí?

— Digamos que yo tengo razones para disfrutar de tu humillación y él no.

— ¿Y es a eso a lo que viene todo esto? ¿A la humillación?

— No.

— Oh, por favor... Por lo menos ten la decencia de decirme la verdad.

— Y lo haré. Si me lo permites. Almuerza conmigo. Después de todo, es para lo que has venido.

— Para almorzar con Martin — lo corrigió ella—. ¿Por qué debería hacerlo?

— Porque estás aquí, porque eres curiosa..., deja que te cuenta por qué dejé que Price organizara esta cita.

Paige respiró profundamente y entonces volvió el camarero.

Nikolas le preguntó si pedía por los dos y ella asintió.

Cuando hubo pedidos el camarero se alejó de nuevo para dar paso al somelier.

Nikolas pidió una botella de Chardonay del noventa y siete.

Cuando también el somelier se hubo alejado, él le preguntó:

— ¿Quieres saber lo del trabajo, ne?

— ¿De verdad que se trata de un trabajo?

— ¿Crees que si no yo estaría aquí?

— Tal vez.

— Primero, ¿estoy en lo cierto al pensar que estás buscando uno?

Paige se ruborizó.

— Si Martin lo ha dicho es que debe ser cierto — respondió ella por fin—. Supongo que también te ha contado que no estoy preparada para nada.

— ¿Has hablado de tus problemas con él? —le preguntó Nikolas frunciendo el ceño.

— No. Lo lizo Sophie. Está desesperada por que yo encuentre un trabajo para que

podamos encontrar algún otro sitio donde vivir.

—Ah, Sophie. Tú hermana. Desafortunadamente, nunca fuimos presentados.

Paige se encogió de hombros.

—Ella estaba en el colegio cuando... cuando...

—¿Cuando tu padre trató de cegarme con la belleza de su hija mayor? Sí, lo sé. ¿Qué edad tiene ella ahora?

—Dieciséis. Y papá solo nos presentó. No fue culpa suya que nosotros... que tú traicionaras su confianza.

Nikolas sonrió.

—Realmente tú no crees eso. -

—¿Por qué no? Y el trato Murchison parecía ser una proposición atractiva. Él te estaba haciendo un favor al ofrecerte una oportunidad de invertir...

— En algo que se fue al traste solo unos meses después. Si lo hubiera hecho, yo habría perdido un buen montón de dinero.

Paige pensó que él se lo podía haber permitido pero no dijo nada.

—Podía haber sido un éxito si tú lo hubieras apoyado.

— Sé sincera. La naviera ya estaba perdiendo dinero y lo único que quería tu padre era a alguien con quien compartir su error. ¿Por qué si no te crees que destruyó nuestra relación? Tan pronto como se dio cuenta de que estaba perdiendo el tiempo conmigo, fue a por el siguiente... ¿Cuál fue la palabra que tú utilizaste? ¿Idiota? Sí, idiota.

—Eso no es cierto.

—Por supuesto que lo es.

—No.

— Sí.

Entonces les llegó el primer plato.

—Tal vez debiéramos hablar de por qué hice que Price te invitara a almorzar — dijo él después de que el camarero se alejara de nuevo— - Estoy seguro de que entiendes por qué hice que fuera él quien te invitara. Si lo hubiera hecho yo, la habrías rehusado.

—Tienes razón, no habría venido.

—Ya lo sabía. Es por eso por lo que le sugerí a Price que, Como amigo tuyo, debería organizar esta reunión.

Paige vio que el camarero le servía vino también a ella y, cuando estuvieron solos de nuevo, dijo:

—¿Y Martin no tenía ni idea de que ya nos conocíamos?

—Me temo que no. Pobre Paige. Parece que los hombres de tu vida están deseando arrojarte a los lobos, ¿no?

—¿Es esto una advertencia, Nikolas?

—Puede.

No volvieron a hablar hasta que les sirvieron el primer plato y entonces fue Paige quien lo hizo.

—Yo hubiera pensado que sería Yanis quien se ocupara de contratar a la gente.  
¿Sigues contigo?

— Sí, sigue siendo mi ayudante, ne. Pero este es un asunto más delicado.

— ¿Por qué?

— Porque es algo personal —respondió él y le dio un trago a su vino—. El trabajo que tengo en mente concierne a mi protegida. Y en esas circunstancias, no me parece bien dejar la decisión en manos de Yanis.

— ¿Tu protegida? — preguntó ella extrañada—. No sabía que tuvieras una.

— Porque no la tenía cuando nosotros..., nos conocimos. El padre de Ariadne era un buen amigo mío y, cuando se mató con su esposa hace tres años, descubrí que me había nombrado tutor de su hija. Ella no tenía otros parientes, ¿entiendes? Oriste, tengo una protegida.

—Ya veo. Eso es toda una responsabilidad. ¿Qué edad tiene la niña?

—Diecisiete años. Como puedes ver, ya no es mucha responsabilidad.

—Oh. Entonces, ¿por qué...?

—Estoy buscando a una joven de buena familia que... ¿cómo podría decirlo? Que le haga compañía en verano. Y para que comparta con ella todas esas confidencias de mujer que ya no puede compartir con su madre.

— ¿Y tú pensaste que yo...?

—En ausencia de otras ofertas, sí. ¿Por qué no?

Paige tragó saliva.

—Yo no podría trabajar para ti.

—No seas tonta, Agaphita —dijo él mirándola fijamente—. Tendrás todos los gastos pagados y un generoso sueldo, y no será nada duro.

—No estoy a la venta, Nikolas.

—No, pero andas mal de dinero, ¿no? Y tú misma has dicho que tu hermana está ansiosa por que encuentres un trabajo, ¿ne?

Paige dejó el tenedor sobre la mesa.

—Esta conversación no tiene sentido. Yo no hablo griego.

—Pero Ariadne habla inglés. Sigue en el colegio por supuesto pero ha recibido una educación muy esmerada.

—Entonces seguro que es muy capaz de cuidar de sí misma — dijo Paige pensando en su propia hermana.

Sophie se moriría si alguien le dijera que necesitaba un acompañante, así que añadió:

—Además, como ya sabes, yo tengo una hermana, a quien... a quien... no puedo dejar sola.

Lo cierto era que Sophie había sido de gran ayuda para ella desde que la tuvo que sacar del caro colegio al que había estado yendo.

Ni tampoco la podía dejar con su tía Ingrid. Desde la muerte de su padre se habían quedado en la casa de la hermana de su madre, en Islington. Su hermana y su tía se llevaban tan mal que ella tenía que estar interviniendo constantemente para que

se pudieran seguir hablando.

—Entonces, llévala contigo —dijo Nikolas—. Ella estará también de vacaciones, ¿no? Y a mí me gustaría que Ariadne se quedara en mi casa en Sidapolis en el verano. Hay mucho sitio, como ya sabes y puede que tu hermana y Ariadne se hagan amigas. Son de una edad parecida.

Y lo eran, pero Paige se podía imaginar la reacción de Sophíe cuando le contara aquello. A pesar de que su hermana estaba muy molesta por las circunstancias en las que se veían forzadas a vivir y culpaba a su padre por no haber previsto su mantenimiento, seguro que no le gustaría nada la idea de dejar Londres e irse a vivir a una isla muy poco sofisticada en el Egeo. Además, acababa de acomodarse en su nueva situación y, a pesar de que a Paige no le gustaban mucho sus nuevos amigos, no tenía muchas ganas de desarraigarse otra vez.

—No lo creo. Me temo que has perdido el tiempo.

— Por lo menos piénsatelo, Paige. Yo seguiré en Londres unos cuantos días más y me podrás localizar en este número de teléfono.

Sacó entonces una tarjeta de visita y escribió un número en el dorso antes de dársela.

—Toma.

Paige la tomó de mala gana y, cuando lo hizo, Nikolas le agarró la mano.

—Por favor, piénsatelo —repitió suplicante.

Ella luchó entonces contra el calor interno que le produjo ese contacto. Su cuerpo no había olvidado a ese hombre.

Por fin, él la soltó y ella se la colocó inmediatamente en el regazo y rogó que él no se diera cuenta de su reacción.

Aunque no quería aceptó el postre y un café. Mientras tanto, pensó que tenía más de una razón para rechazar su oferta. Aunque fuera la única oferta de trabajo que recibiera, no podía trabajar para él. Aparte de todo lo demás, no quería resultar herida de nuevo, y Nikolas Petronides no tendría el menor reparo para recuperar lo que él creía que era propiedad suya...

## Capítulo 2

PAIGE tomó el metro de vuelta hasta Islington.

A esa hora de la tarde no iba muy lleno, así que logró sentarse y allí pensó en lo rápido que se había acostumbrado a ir en metro en vez de en taxi como antes.

Cuando salió del restaurante estaba lloviendo y no quiso aceptar la oferta de Nikolas de pagarle un taxi. Aunque estaban en junio, todavía hacía frío y el bonito vestido de Chanel que se había puesto para la ocasión estaba bastante mojado y esperaba que no se ensuciara. Sophie y ella se estaban viendo obligadas a conservar en buen estado toda la ropa que tenían y había sido todo un gasto para su menguada economía proporcionarle la ropa necesaria a su hermana para el nuevo colegio.

Suspiró. Si su padre siguiera vivo... Pero el caso era que él había muerto como había vivido, sin hacer ninguna previsión para el futuro y lo único que les había dejado a sus hijas era un montón de deudas y el desagradable deber de salvar lo que pudieran de lo que habían tenido. Que tampoco era mucho. La bonita casa de Surrey tenía dos hipotecas y habían tenido que vender hasta las joyas de su madre para pagar deudas.

Era una suerte que su madre no hubiera vivido para verlo. Annabel Tennant había muerto de cáncer cuando Paige tenía diecisiete años y Sophie solo diez. Fue desde entonces cuando su padre empezó a arriesgarse mucho con el dinero de sus clientes. Fue como si la muerte de su esposa lo hubiera convencido de que no tenía sentido pensar en el futuro. La muerte de su esposa lo había afectado mucho.

Fue por eso por lo que Paige dejó los estudios sin terminar, para ayudarlo en lo que podía y para animarlo a sobreponerse a esa muerte.

Ella lo había hecho con gusto y, hasta que le presentó a Nikolas Petronides, le había importado poco el hecho de que los hombres con los que salía habían tenido tratos con su padre.

Por supuesto él también le había dado su aprobación a Nikolas, por lo menos al principio. Pero cuando descubrió que el griego no tenía la menor intención de invertir dinero en sus proyectos se volvió en su contra. Y Paige no tuvo la menor duda de a quien debía su lealtad.

Y era por eso por lo que no podía aceptar la oferta de Nikolas. Aparte de por el hecho de que, en su momento, llegaron a conocerse demasiado bien, no quería tener nada que ver con él. A su manera, él era como Martin, estaba usando la situación para humillarla y, por muy atractiva que pudiera parecer la posibilidad de pasar un verano en Grecia, por no mencionar el generoso sueldo que le había mencionado, ella necesitaba un trabajo de verdad y con alguien que no estuviera dispuesto a vengarse.

Pero no quería pensar en ello en ese momento. Hacía ya cuatro años que había terminado su relación con Nikolas y, desde entonces, ella había insistido en hacerse cargo de su propia vida. Aunque no había tenido mucho éxito, pensó. Su relación con Martin no lo había sido precisamente. Pero entonces no se había dado cuenta de que el joven y atractivo contable estaba más interesado en progresar en su trabajo que en ser el novio de la hija de Parker Tennant. El se había imaginado que podría entrar a



formar parte en la empresa de su padre como una especie de recompensa por salir con su hija. Por supuesto, cuando su padre murió repentinamente, él recompuso sus planes. En muy poco tiempo, Paige descubrió que su noviazgo solo había sido tan seguro como el balance bancario de su padre y, a pesar de que Martin le puso como excusa que había conocido a otra persona, ella había sabido exactamente lo que significaba aquello.

Por eso se había sentido tan mortificada cuando supo que Martin había organizado la cita con Nikolas Petronides. Estaba muy claro que lo que pretendía era poner distancia entre ellos y casi deseó poder contarle lo que Nikolas y ella habían sido en su tiempo. ¿Se pondría celoso? Lo dudaba. Del dinero de Nikolas, tal vez, pero de nada más.

Cuando salió del metro, descubrió aliviada que había dejado de llover, lo que no estaba mal, ya que tenía un paseo de diez minutos hasta su casa y no llevaba paraguas.

Antes incluso de abrir la puerta de la casa pudo oír los gritos de su tía y su hermana. Incluso algunos de los vecinos se habían asomado para cotillear.

¿Qué pasaría ahora? Miró su reloj. Apenas eran las tres de la tarde. Sophie debería estar en el colegio. ¿Es que no tenía ya suficientes preocupaciones?

—Eres una niña estúpida y egoísta — estaba gritando su tía Ingrid.

—Y tú una vieja bruja.

Entonces se oyó una sonora bofetada. Su hermana gimió y, al parecer respondió de la misma manera. Paige cerró la puerta y se dirigió decidida al salón. Su tía había caído sobre el sofá con una mejilla enrojecida.

— ¡Por Dios! —exclamó mirándolas incrédula—. ¿Qué está pasando aquí? Os he oído desde la calle.

Sophie no dijo nada y fue a salir del salón.

— ¿A dónde te crees que vas? He preguntado qué pasa aquí, pero lo voy a saber de todas formas. ¿Es que te han echado del colegio o qué?

—Pregúntaselo a ella —dijo Sophie mirando furiosa a su tía—. Ella es la que ha estado hurgando en mis cosas.

—Te lo he preguntado a ti. Esta es la casa de la tía Ingrid, no la tuya — dijo Paige con el corazón encogido por la posibilidad de que su hermana tuviera razón en enfadarse.

—Pregúntale lo que tiene en el cajón de la ropa interior.

La voz de la tía Ingrid era débil. ¿Qué estaría escondiendo Sophie? Pero entonces se dio cuenta de que lo que había dicho su hermana acerca de que su tía había estado hurgando sus cosas era cierto.

—Sí, ¿qué? —Exclamó Sophie—. La muy bruja ha estado hurgando en mis cajones. Ya te dije que aquí no teníamos ninguna intimidad.

—Es una drogadicta, Paige —dijo la tía—. En mi casa. Nunca pensé que viviría para ver como la hija de mi propia hermana...

— ¿De qué está hablando la tía Ingrid? ¿Por qué dice que eres una drogadicta?

—Está mintiendo.

—No miento —dijo la tía.

—Sí. No sabe de lo que está hablando. No soy una drogadicta. ¡Por Dios! Dudo que ella se diera cuenta aunque lo fuera.

— Sé cómo huele la marihuana. No sois la primera generación que descubre las drogas, ¿sabes?

— ¿Y? Tú no eres mejor que yo.

— ¡Yo no me meto heroína! — exclamó la tía Ingrid y Paige se quedó boquiabierta.

— ¿Heroína? —Dijo mirando a su hermana—. ¿Es eso cierto? ¿Has estado metiéndote heroína?

—No.

— ¿Entonces qué hacía en tu cajón? preguntó su tía.

—Oh, debería haber sabido que te pondrías de su lado —murmuró Sophie sin responder—. Diga lo que diga ahora no me vas a creer.

.-Inténtalo.

—Paige, ve a vuestra habitación y verás que lo que digo es cierto. La marihuana tiene un olor peculiar. Fue por eso por lo que miré entre las pertenencias de Sophie. Me imaginaba que me encontraría unos porros.

Paige agitó la cabeza.

—Tía Ingrid, yo no reconocería la marihuana. Puede que te resulte estúpida, pero no me he fumado un porro en mi vida. Pero creo que has dicho que encontraste heroína en el cajón, ¿no?

— Sí.

Sophie intervino entonces.

—No tiene derecho a criticarme. Es evidente que conoce las drogas, si no, no me estaría acusando ahora.

— ¿Admites que has fumado marihuana? —preguntó horrorizada.

— ¿Dónde has estado viviendo en los últimos diez años, Paige? ¿En otro planeta?

—No te atrevas a intentar justificarlo — gritó su tía, pero Sophie no la estaba escuchando.

—Todo el mundo la fuma hoy en día —dijo ella.

Paige la miró incrédula.

—Yo no —dijo.

El pánico se apoderó de ella, ¿qué iba a hacer ahora? Cuando aceptó la responsabilidad de cuidar de Sophie nunca se imaginó que fuera a pasar aquello

Su tía dijo entonces:

— ¿No te estás olvidando de una cosa, Paige?

Luego se sacó una bolsita de plástico con un polvo blanco del bolsillo de los pantalones y añadió:

—De esto.

—Oh, Sophie. ¿De dónde la has sacado? ¿Qué hacía en tu cajón?

Sophie se encogió de hombros.

— Eso es cosa mía.

— No mientras sigas viviendo en mi casa, jovencita — dijo su tía.

—No vamos a seguir aquí mucho más tiempo — respondió Sophie —. Paige va a encontrar un sitio donde podamos vivir, ¿no es así, Paige? Algo mejor que esta caja de zapatos, sin una vieja loca diciéndonos cómo hemos de vivir nuestras vidas.

—Sophie...

Pero su tía ya tenía bastante. Se puso en pie y señaló con el dedo a la joven.

—Ya está bien —dijo—. Ya me he cansado de ti y de tu insolencia. ¡No me importa lo que haga Paige, pero quiero que tú te marches de aquí antes de esta noche!

Dos semanas más tarde, Paige estaba de pie delante de la ventana de la habitación de la pensión, esperando ansiosamente el taxi que las iba a llevar al aeropuerto. Ya llegaba un cuarto de hora tarde y temía que, si no tomaban ese avión, perderían también el ferry que las llevaría a Skiapolis.

Detrás de ella, Sophie estaba tirada en su cama, sin hacer nada por recoger sus pertenencias. Había dejado que fuera ella quien hiciera las maletas y Paige se tuvo que morder la lengua para no decirle que todo aquello era culpa suya.

Se había visto obligada a llamar a Nikolas y aceptar el trabajo que le ofrecía. Por lo menos, trabajar para él le daría un poco de espacio y le permitiría ahorrar lo suficiente como para poder pagar la fianza de un pequeño piso para cuando volvieran al país.

Fue un alivio que contestara otra persona en vez de Nikolas. Un hombre que se había presentado como Donald Jamieson. Le había dicho que el señor Petronides había tenido que volver a Grecia y que le había dejado instrucciones por si ella se decidía a aceptar el trabajo.

Pero todo aquello no había mejorado nada sus relaciones ni con su tía, ni con su hermana, que seguía insistiendo en que ella nunca había probado las drogas duras, pero Paige sabía que no podía confiar en que no lo fuera a hacer en el futuro. Al parecer el que fumara marihuana no era cosa reciente. Por lo visto, la fumaban casi todos los alumnos del colegio al que iba, así que, por lo menos, pensó que hacía lo correcto al sacarla de Londres por una temporada.

El taxi seguía sin aparecer y ella se estaba poniendo cada vez más nerviosa.

— ¿Significa eso que vamos a perder el avión? — le preguntó Sophie esperanzada.

—No. Si lo perdemos, tomaremos otro, así que ya te puedes hacer a la idea de que nos vamos de verdad a Skiapolis.

— ¡Skiapolis! No estaría tan mal si fuera Atenas o Rodas, incluso. Cualquier sitio del que hubiera oído hablar. ¡Pero Skiapolis! No sé cómo puedes justificar lo que me estás haciendo. Si papá estuviera vivo, él...

—¿Sí? Si papá estuviera vivo, ¿qué? ¿Qué haría él? ¿Crees que se sentiría orgulloso de saber que su hija menor es una drogadicta?

— No lo soy.

—Porque tú lo digas. Y qué pasa con lo que le hiciste a la tía Ingrid? Papá le tenía mucho cariño. ¿Crees que te daría la enhorabuena por haberle pegado?

— Ella me dio primero. Y había estado rebuscando entre mis cosas. No tenía derecho a hacerlo.

— Y tú no tenías derecho a escaparte del colegio —le recordó Paige—. Si no tuvieras nada que ocultar, no estaríamos teniendo ahora esta conversación.

—Me gustaría que así fuera.

— Seguro. Pero la estamos teniendo y ya está.

En ese momento, Paige oyó el motor de un coche y suspiró aliviada.

— Ya está aquí el taxi. Toma tus cosas, nos vamos.

Sophie se levantó de la cama.

—Nunca te perdonaré por esto, Paige. ¡Nunca! Obligarme a vivir en una apartada isla griega con un viejo conocido de papá. Me voy a volver loca de aburrimiento.

—Mejor aburrida que enterrada

Por suerte, Sophie no sabía nada de Nikolas, aparte de la historia que se había inventado acerca de cómo había conseguido el trabajo.

Era por la tarde cuando llegaron a Atenas y el calor se podía masticar. Incluso Sophie suspiró impresionada cuando salieron del avión. La luz era cegadora y, por unos minutos, incluso ella olvidó sus quejas mientras se dirigían a la terminal de llegadas.

Tardaron poco con las formalidades. Los policías griegos no eran inmunes a los atractivos de dos jóvenes que viajaban solas y, poco después, tenían todo su equipaje en el maletero de un viejo taxi que las llevó al Pireo. El ferry salía a las siete y Paige esperaba poder comer algo antes. No tenía ni idea de las comodidades que podía haber en el barco. Las veces que había ido a Grecia con su padre nunca había salido de tierra firme. Por supuesto habían visitado Skiapolis pero en el yate de Nikolas. Aquella era una situación completamente diferente y no se hacía ninguna ilusión acerca de la posición que ocupaba ahora en la vida de él.

Recordaba que Skiapolis era una de las islas más pequeñas del archipiélago y que la mayor parte de ella era de Nikolas, si no toda. Recordaba que la comida y demás la solía llevar un pequeño ferry, en el que dudaba que hubiera mucho sitio para los pasajeros. Por suerte, el viaje no era largo, si no se habrían visto obligadas a dormir en cubierta.

Las instrucciones que tenían decían que debían recoger sus pasajes en una agencia de la Plateia Karaiskaki y, después de que el taxi las dejara allí, arrastraron sus equipajes por la concurrida plaza. Sophie estaba como atontada por el calor, los olores y el idioma, pero aún así, soltó una exclamación al ver el brillo del mar. Estaba empezando a encontrar ese sol más una molestia que una bendición.

Por fin encontraron la agencia, donde les dieron los pasajes y les dijeron el muelle donde tenían que embarcar. Pero también que eso de que iban a salir a las siete era más bien simbólico. El barco llegaba con retraso y tendrían suerte si salían a las nueve o más tarde.

Sophie entendió bastante poco de la conversación que Paige estaba manteniendo con el agente. La oficina estaba llena de gente y hacía mucho calor, así que ella se

quedó guardando las maletas de buena gana. Y, de paso, intercambiaba miradas provocativas con un joven moreno de cabello rizado, con vaqueros y zapatillas de deportes, cuyos bronceados brazos asomaban por las cortas mangas de la camiseta.

Ese flirteo silencioso no pasó desapercibido para Paige que, mientras trataba de prestar atención a lo que le estaba diciendo el agente, le hacía gestos furiosos a su hermana, sin mucho éxito.

Con los pasajes en la mano, se abrió camino hasta donde esperaba Sophie. Los dos jóvenes estaban charlando y, a juzgar por la cara de su hermana, no tenía problemas para entender al chico.

Apenas notó la llegada de Paige.

— ¡Sophie! —dijo Paige dándole un codazo en las costillas—. Vamos a ver si encontramos un café. Me muero por algo fresco.

— Espera un momento —respondió Sophie agarrándola del brazo—. Este es Paris. El señor Petronides lo ha enviado para que nos acompañe ¿No es magnífico?

Paige parpadeó.

— Kirie Petronides —dijo el joven— Usted es Kiria Tennant, ¿ohi? Y Thespinis Tennant añadió sonriendo a Sophie Kalostone, Kiria. Bienvenidas a Grecia.

Paige dejó de nuevo las maletas en el suelo.

— ¿Kirie Petronides te ha pedido que nos vengas a buscar?

La distinción que había hecho el joven entre su hermana y ella al saludarlas la hizo rechinar los dientes. Probablemente ella parecía mucho mayor que su hermana en ese momento. Tenía calor, estaba causada y no tenía la menor gana de soportar adolescentes.

— Ne —dijo echándose al hombro la bolsa de Sophie—. Si me siguen...

— Un momento. ¿Cómo sabemos...? —Vamos, Paige —dijo Sophie— ¿Cómo si no iba a saber nuestros nombres?

— Tal vez me haya oído hablar con el agente. Pero entonces se dio cuenta de que no había mencionado para nada el apellido de Nikolas y añadió:

— ¡Oh, de acuerdo!

Pero no estaba dispuesta a ir por ahí llevando sus dos bolsas. Si el chico podía llevar una tan fácilmente, bien podría llevar dos. Le dio un golpecito en el hombro y le señaló la otra bolsa y, a pesar de que la sonrisa del chico se esfumó un poco la agarró también.

— ¿No es un encanto? —le susurró Sophie al oído poco después—. ¡Un trasero precioso!

— ¡Sophie!

Paige se dio cuenta de que parecía una solterona y, al fin y al cabo, su hermana tenía razón.

— Ves demasiada televisión —añadió.

— Bueno, a partir de ahora no lo voy a hacer, ¿no? Paige no supo si eso sería bueno o no. Cuando había insistido en que fueran allí no había pensado que podía haber otras distracciones. Y Paris, si ese era su nombre, podía ser muy bien una de ellas para

su hermana.

Para cuando llegaron al barco, ambas estaban abochornadas por el calor. El barco no era un yate, como había sospechado ella que sería, sino una motora.

Paris tiró las bolsas en la cubierta y saltó a bordo. Paige se sintió levemente irritada al ver cómo trataba el equipaje, pero luego pensó que, seguramente, lo habrían tratado peor en el avión. El chico le ofreció la mano a Sophie y ella subió a bordo. Luego hizo lo mismo con Paige, echándole de paso un buen vistazo a los muslos que dejó al descubierto la brisa cuando le levantó la falda.

Entonces el chico sonrió, consciente de la indignación de ella y, a pesar de esa indignación, se encontró sonriendo también. Solo era un niño, se dijo a sí misma mientras metían los bultos en la cabina. Probablemente él trabajaba y vivía en la isla y no creía que lo fueran a volver a ver.

### Capítulo 3

EL viaje hasta la isla duró dos horas y Sophie se pasó la mayor parte del tiempo charlando en el puente con Paris. El chico fue muy solícito y les dio unos aperitivos para el trayecto.

Cuando llegaron a la isla, ya de noche, Paige supo que Nikolas no estaba en ella, así que las condujeron a sus habitaciones para que se cambiaran y prepararan para la cena.

Un rato después Sophie llamó a su puerta. Paige abrió y su hermana se acercó a la balconada

—Me pregunto cómo será la vista desde aquí — dijo—. Tú ya has estado aquí ¿verdad? No he podido ver mucho, pero la Casa parece muy grande.

—Lo es. ¿Te vas a poner eso para cenar? —le dijo refiriéndose al extremadamente corto vestido amarillo que llevaba y que apenas le tapaba el trasero.— Bueno, no me voy a volver a cambiar. ¿Qué tiene de malo?

— Nada, supongo.

—Solo porque a ti te guste la ropa aburrida, no significa que a mí me tenga que gustar también. Seguro que le gusta a Paris.

— Seguro que sí, si te pudiera ver. Pero hasta que no sepamos cuál es nuestra posición aquí...

—Yo creía que ya lo sabíamos. Vamos a hacerle compañía a la protegida de un viejo. Pero no esperes que me vista como una niñera. Tú puedes hacerlo, pero yo tengo mejores cosas que hacer.

Paige agitó la cabeza y cambió de conversación.

—¿Has deshecho ya las maletas?

—He sacado algunas cosas. Ya terminaré por la mañana. Hey, tu habitación es más grande que la mía. Eso no es justo.

— ¿Quieres que las cambiemos?

—No. Solo la estaba admirando, eso es todo. Y creo que mi cuarto de baño es más grande que el tuyo.

— Bueno...

Paige decidió que ya era hora de que fueran a cenar. Se miró por última vez al espejo y luego se dirigió a la puerta.

—¿Vamos...?

—Ese tipo...

Las dos hablaron a la vez y Paige dejó hablar a su hermana, a pesar de que no estaba segura de que le fuera a gustar lo que iba a oír.

—Nikolas Petronides —continuó Sophie—. Debe ser asquerosamente rico, ¿no? Quiero decir que, por lo que me ha dicho Paris, es el armador de una flota de petroleros y tienes que admitir que esta casa es fabulosa.

Lo último que Paige necesitaba era que Sophie empezara a especular sobre Nikolas. ¡Y eso que ni siquiera lo había visto todavía! Su hermana pensaba que era viejo, pero tenía solo unos cuarenta años. Y seguía siendo un hombre extremadamente atractivo.

—No creo que eso nos interese —dijo como si hablar de Nikolas no le afectara lo más mínimo.

— Sé realista, Paige. A mí no me importaría casarme con un tipo rico. Me pregunto lo que pensará él de tener una novia de mi edad.

Se rió y Paige sintió un impulso casi irresistible de darle una bofetada.

—O tal vez tenga un hijo. ¿Tú qué crees? —continuó Sophie.

— Creo que estás siendo muy tonta.

—¿Qué tiene de tonto querer casarme con un millonario. ¿O querer saber si tiene un hijo?

—No lo tiene.

Sophie abrió mucho los ojos.

—Por supuesto. Me había olvidado de que lo conoces. Sigue. Dime cómo es.

—Ahora no. Vamos, llegaremos tarde a la cena.

—¿Y qué? El tipo no está aquí. No me importa tener esperando a una colegiala griega.

A Paige se le había olvidado decirle a su hermana que la colegiala griega en cuestión era un año mayor que ella.

Cuando llegaron a la impresionante escalera de mármol, Sophie se quedó boquiabierta.

— ¡Vaya! — exclamó—. Es una pena que no tengamos audiencia. Podríamos hacer una entrada triunfal desde aquí.

—Gracias a Dios que no la tenemos...

Paige se interrumpió cuando vio una alta figura salir de las sombras a la luz.

—Parakalo —dijo Nikolas.

Iba vestido con unos pantalones negros y una camisa del mismo color que acentuaba su bronceado.

—Por favor, Sophie —añadió—. Baja las escaleras como quieras.

Incluso Sophie se quedó sin habla por un momento.

—¿Es él? —le susurró al oído a Paige.

Eso lo debió oír Nikolas y Paige miró exasperada a su hermana.

— Sigue — le dijo empujándola.

Sophie obedeció sin rechistar.

— Solo era una pregunta — murmuró.

Cuando llegaron abajo, Nikolas las recibió.

—Kalispera. Kalos orissate sto Skiapolis —dijo. Sophie parpadeó sin entender nada, así que él le tomó la mano y tradujo:

—Bienvenidas a Skiapolis. ¿Habéis tenido un buen viaje?

—Oh, sí. Gracias. Esta casa es muy... ya sabes, muy bonita.

Paige se sorprendió -al ver que su hermana se había puesto muy colorada.

—Me alegro de que te guste.

Paige cerró los ojos esperando lo siguiente que pudiera decir su hermana y temiéndolo.

— ¿Paige? ¿Estás bien?

Nikolas se acercó a ella y le dio también la mano.

—Estoy bien —logró decir ella apartando la mano lo antes que le fue posible.

Él estaba demasiado cerca para su gusto y su cuerpo ya estaba reaccionando como siempre ante él.

—Lamento haberte hecho esperar. Tu ama de llaves nos dijo que estabas fuera.

—Y lo estaba. Pero he vuelto. Estás muy colorada, agaphita. ¿No te sientes bien?

—Ya te he dicho que estoy bien

—No ha comido casi nada en el avión —dijo Sophie.

Como acordándose de que no estaban solos, Nikolas se alejó un paso de ella.

—Eso no está bien. ¿Ha sido muy pesado? Me refiero al viaje.

—No. Por supuesto que no.

Paige deseó que la dejara en paz. Su hermana no era tonta y, si él seguía comportándose como si su bienestar fuera de alguna importancia, Sophie podía empezar a sospechar que ella tenía algo que ocultar. Pero tal vez fuera esa la intención de él, pensó. Lo cierto era que nunca había creído que le ofreciera ese trabajo por la bondad de su corazón. Los hombres como él nunca perdonan u olvidan. Y, a pesar de que no se hacía ilusiones de que hubiera significado gran cosa en su vida, lo había dejado plantado, lo que, seguramente, para él era imperdonable.

— Kala — murmuró él—. Ariadne nos está esperando. Vamos a presentaros, ¿ne?

Paige asintió y miró a Sophie antes de acompañarlo hasta un pequeño salón más íntimo que el resto de la imponente casa.

Allí las esperaba Ariadne Stephanopulos. No tenía nada de la colegiala que se había esperado. Alta y delgada, con una larga melena negra, parecía mucho mayor que los diecisiete años que decía tener. Vestía de negro, con un vestido ajustado a la cintura que moldeaba su figura y que no le habría sentado mal a una mujer el doble de mayor que ella. Parecía más la esposa de Nikolas que su protegida, pensó Paige mientras se preguntaba cómo se las iba a arreglar con ella.

Y, por su parte, Ariadne reaccionó a su aparición con la arrogancia que se podía



esperar de ese aspecto.

— ¡Nikolas! —exclamó ignorándolas a ellas.

Avanzó hacia él con los brazos extendidos y Nikolas se vio obligado a abrazarla.

—¿Ola entaksi?

—Habla en inglés, Ariadne —le dijo él—. Nuestras invitadas no hablan nuestra lengua. Y, al fin y al cabo, esa es una de las razones por las que he invitado a la señorita Tennant, para que mejores tu acento.

—Mi acento no necesita mejorar —respondió Ariadne y Paige no tuvo más remedio que darle la razón.

La chica hablaba inglés muy bien. Mucho mejor que ella griego.

—Lo que sea —dijo él más duramente ahora—. Mi protegida. Espero que seáis buenas amigas.

— Yo también lo espero —dijo Paige firmemente aceptando la lánguida mano que le ofreció Ariadne—. Encantada de conocerla, señorita Stephanopoulos.

— ¡ Señorita Stephanopoulos! —exclamó Nikolas impacientemente—. Se llama Ariadne. Y esta es Sophie. La hermana de la señorita Tennant.

—Hola —dijo Sophie sin mucho entusiasmo—. Supongo que tenemos la misma edad, ¿no?

— ¿La tenemos?

Ariadne pareció aburrida e inmediatamente le dedicó su atención de nuevo a Nikolas, rodeándole el brazo amorosamente.

—Isos. ¿Podemos cenar ahora?

— Después de que les haya ofrecido a la señorita Tennant y su hermana un aperitivo — dijo él soltándose —. ¿Paige? ¿Qué vais a tomar?

Paige dudó y, después de dirigirle una mirada de advertencia a su hermana, se acercó con él hasta el mueble bar, al otro extremo del salón. No le gustaba nada dejar solas a las dos chicas y no dejó de mirarlas de reojo, como si se esperara que fuera a suceder algo desagradable.

—¿Ouzo? ¿Retsina? ¿O algo más normal? —le preguntó Nikolas—. Y relájate. A Ariadne le vendrá bien estar con alguien de su edad, para cambiar.

—Creía que me habías dicho que seguía yendo al colegio.

—Y así era.

Nikolas tomó una botella de vino blanco y se la mostró. Cuando ella asintió, sirvió una copa.

— Pero Ariadne ha estado mucho tiempo con gente mayor durante el último año. Ha tenido unas cuantas pequeñas infecciones que no han permitido que fuera al colegio, así que ha recibido clases aquí.

—Ya veo. Parece muy... unida a ti.

— Así que te has dado cuenta...

— Sería difícil no hacerlo — dijo ella tomando su copa—. Bueno, no es muy discreta.

—Al contrario que tú —dijo él sirviéndose un whisky—. He de admitir que me

sorprendió cuando supe que te habías puesto en contacto con Jamieson. Si hubiera pensado por un momento que ibas a cambiar de opinión, habría retrasado mi partida unos días. ¿Por qué lo has hecho?

—¿Qué?

El la miró muy serio.

—No hagas como si no supieras de lo que estoy hablando.

— Oh. Decidí que era una oportunidad demasiado buena como para perdérmela.

— ¿De verdad?

—Me refiero a económicamente. Y, a pesar de que eso significaba tener que sacar a Sophie del colegio dos semanas antes de que terminara el curso, ella ya había terminado sus exámenes.

—Ah, sí, Sophie —dijo él mirando a su hermana—. Ella no es como tú, ¿verdad?

Paige se encogió de hombros.

—Si tú lo dices...

—Lo digo. Y antes de que le pregunte a tu hermana qué quiere tomar, deja que te diga que tú tienes muchas ventajas que ella no tiene.

—Te refieres a que soy mayor, ¿no?

— Por supuesto, pero la edad tiene sus compensaciones. Ya sabes lo que te digo.

Entonces les llegó claramente el ruido de una discusión.

—¿Quién te crees que eres? —decía Sophie llena de ira—. No me puedes hablar así. ¡No soy la doncella!

—¡Arketa! ¡Arketa! ¡Ya basta!

Cuando Ariadne fue a responder, Nikolas dejó su copa con fuerza en la mesa y se acercó a ellas. Por un momento pareció olvidar la orden que él mismo había dado de que debían hablar inglés y habló en griego.

Luego, como dándose cuenta de que Sophie no lo entendía, añadió en inglés y más comedidamente:

—Ariadne. ¿Quieres decirme qué pasa? ¿Que has dicho que haya molestado a nuestra invitada?

Ariadne pareció indignada al principio y luego, como si se diera cuenta de que él no iba a responder a esa actitud, murmuró:

—No ha sido nada, Nikolas. De verdad. Solo le estaba diciendo que a Kiria Papandreiu no le gusta que la hagan esperar con la cena.

—Eso no es cierto. Lo que dijo de verdad es que no somos bienvenidas aquí; que no ve la razón por la que tenga que estar con gente que ni siquiera le cae bien.

Paige, que se había acercado también, tuvo la sensación de que su hermana se había inventado algo de la conversación. O tal vez no hubiera entendido a la otra joven.

—¿Es eso cierto, Ariadne? —le preguntó Nikolas.

— ¡ Por supuesto que no! Me temo que ella no ha entendido lo que he dicho.

Nikolas respiró profundamente.

— ¿Es así?

—No, no lo es —afirmó Sophie—. Yo no me inventaría algo así. Díselo, Paige. No soy una mentirosa. Ella es una celosa que parece pensar que el llevar ropa cara le da el derecho a...

—Calla, Sophie.

Paige no supo qué creer. Hasta hacía poco habría creído a su hermana sin dudarle, pero después de lo de la heroína, no podía estar segura.

—Oh, de acuerdo. Muchas gracias. Ella habla mal de nosotras y yo soy la mala de la película.

—Nadie es la mala aquí — dijo Nikolas —. Por lo que a mí respecta, el asunto está zanjado. Sea lo que sea lo que os hayáis dicho, se acabó. Y esto va a seguir así pase lo que pase, ¿entendido?

—Pero yo no he dicho nada, Nikolas —dijo Ariadne con cara de pena.

Una cara que no engañó ni por un momento a Paige y se dio cuenta de que, probablemente, Sophie había dicho la verdad. Pero no tenía ni idea de lo que había detrás de la máscara de inocencia de Ariadne

—Como he dicho, no vamos a hablar más de ello. Y ahora te sugiero que le ofrezcas un refresco a Sophie antes de que vayamos a cenar.

#### Capítulo 4

PAIGE no durmió bien, los recuerdos se lo impidieron. Por la mañana se levantó y decidió vestirse como lo haría una visitante cualquiera de la isla, con una camiseta amarilla y pantalones cortos del mismo color. Si Nikolas no aprobaba esa forma de vestir, tendría que decírselo, pero hasta entonces, pretendía ir cómoda.

La noche anterior, durante la cena, Nikolas se había ausentado por unos momentos y el silencio se había apoderado entonces de las tres. Se preguntaba si no lo habría hecho para que empezaran a conocerse y limaran sus asperezas. Más tarde, cuando volvió, fue él quien llevó todo el peso de la conversación.

Esa era una mañana perfecta, con un cielo tremendamente azul y el sol brillante, cosa que le levantó la moral. Salió fuera de la mansión y vio lo que debían ser las casas de la servidumbre y los establos. Sabía que a Nikolas le gustaba montar a caballo. Ella misma lo había hecho con él cuando estuvo allí...

—¿Cómo sabía que ya te debías haber levantado? — dijo una voz profunda tras ella.

Inmersa en los recuerdos, no lo había oído acercarse. Estaba en la puerta tras ella, apoyado contra el quicio. Llevaba una camiseta negra y pantalones sueltos de algodón. Estaba muy sexy y parecía años más joven de lo que era en realidad. Pero lo cierto era que nunca había pensado que Nikolas fuera mucho mayor que ella misma.

— Nikolas — dijo—. Buenos días...

—Buenos días —respondió él acercándose—. ¿Has dormido bien? No, ya veo que no. Pobre Paige. Venir aquí ha sido muy estresante para ti, ¿no?

—¿Qué te esperabas?

—¿Que qué me esperaba? No lo sé. ¿Tal vez que te dieras cuenta de que estoy tratando de ayudarte? ¿Que tal vez fuéramos capaces de olvidar el pasado?

—Como ya te he dicho, no trates de protegerme, Nikolas.

—Lo siento. Está claro que he de tener cuidado con lo que diga en el futuro.

—Eso no es necesario —dijo Paige suspirando—. Estoy aquí, ¿no? No habría aceptado el trabajo si no hubiera pensado que nosotros.., que yo, podía desempeñarlo.

—No.

La expresión de Nikolas era inescrutable y, cuando apoyó las manos en la pared al lado de ella, sintió la necesidad de apartarse de él. No quería llegar a sentirse demasiado cerca de él otra vez, no quería sentir nada por él. Quería recordar que la había utilizado tanto como ella lo había utilizado a él, y de lo único que él se arrepentía era de que ella hubiera terminado su relación antes de que tuviera la oportunidad de decírselo.

—Creo que voy a darme un paseo —dijo mientras se alejaba.

—Si no te importa, iré contigo —dijo él inmediatamente y ella se dio cuenta de que no tenía escapatoria.

Pero tenía que intentarlo.

— Oh, por favor. Estoy segura de que tienes cosas mejores que hacer. Y tu protegida puede preguntarse dónde estás.

— Puede que lo haga. Pero esto nos dará la oportunidad de hablar de tus... ¿cómo podemos llamarlos? Tus deberes. Como tan acertadamente has dejado claro, estás aquí para trabajar.

—Como quieras, Nikolas. O prefieres que te llame Kirie Petronides?

—Con Nikolas valdrá —dijo él señalándole un camino—. Iremos por aquí.

Paige prefirió no discutir y lo acompañó por un camino que llevaba hacia un lateral de la casa y hacia una terraza con piscina. Más allá se llegaba a los acantilados.

El paisaje era magnífico, pero hacía calor y el cabello se le pegó al cuello por el sudor.

También tenía sed, lo que seguramente era la causa del dolor de cabeza que estaba empezando a sentir. No estaba acostumbrada a ese calor.

Se detuvieron en lo alto de unos escalones que bajaban hasta una playa privada. Allí había un banco con una gran roca que proporcionaba una bienvenida sombra.

Paige se sentó e, inconscientemente, levantó los brazos para separarse el cabello del cuello.

—Estás cansada —dijo Nikolas.

Ella se percató entonces en lo provocativa que había sido su acción. Levantando los brazos había hecho que los senos se apretaran contra la leve tela de la camiseta, a pesar de que llevaba sujetador.

Pero le resultó difícil leer la expresión de él.

—Es solo el calor —respondió—. Creía que tu yate estaría anclado en la bahía.

Nikolas se volvió para mirar hacia donde lo estaba haciendo ella.

—¿Por qué? Lo tengo en El Pireo, como ya sabes.

— Solo pensaba... Me preguntaba en cómo habrías llegado.

—Ah. ¿Entonces no oíste el helicóptero?

—No.

Pero lo cierto era que la noche anterior, mientras se duchaba, sí que había oído un ruido.

—Es mucho más cómodo para llegar aquí desde tierra firme. Y, antes de que me lo preguntes, anoche no sabía si iba a poder llegar a tiempo, si no lo habría organizado para que Sophie y tú vinierais conmigo.

—No estaba diciendo...

—¿He dicho yo que lo estuvieras haciendo? Ahora dime de verdad por qué cambiaste de opinión.

—Ya te lo he dicho.

—También me dijiste que no podías trabajar para mí. Tú sabías que tus circunstancias ya eran desesperadas antes de que dejaras el restaurante y, aun así, me dijiste que, ¿cómo lo dijiste? Ah, sí, que no estabas a la venta.

Sophie contuvo la respiración y se preguntó qué le podía contar. No podía decirle que había aceptado al descubrir que Sophie estaba metida en asuntos de drogas. ¿Qué pensaría él entonces? Incluso podía pensar que no le convenía tenerlas allí.

—¿Importa eso? —dijo por fin.

—Creo que sí —dijo él y la miró a la cara—. ¿No estás bien? El sol es un mal enemigo. Te llevaré de vuelta a la villa.

—No es necesario...

—Sí que lo es. Ya continuaremos esta conversación en otro momento.

La tomó del brazo y ella se estremeció, lo que lo hizo sonreír y añadir:

—No me mientas, agaphita. Nos conocemos demasiado bien para eso.

Cuando llegaron a la casa, Ariadne estaba desayunando en la terraza, bajo una sombrilla, cerca de la piscina.

Esa mañana iba de blanco, una túnica suelta sobre unos pantalones que destacaban su esbelta figura. No debía sentir el calor o lo disimulaba muy bien, ya que Paige, que llevaba solo la camiseta y pantalones cortos, estaba ansiosa por quitárselo todo.

Nikolas la soltó el brazo entonces. Ariadne se levantó y se acercó a él. Paige se preguntó si podría escapar entonces al interior de la casa.

—Kalimera, Nikolas —dijo la chica dándole un beso en la mejilla y luego se dirigió a ella con la lección bien aprendida—. Buenos días, señorita Tennant. Parece tener mucho calor. No creo que este clima le venga bien.

Paige le sonrió levemente.

—Me acostumbraré.

—Es culpa mía —dijo Nikolas—. Invité a la señorita Tennant a que me acompañara a dar un paseo. ¿Tienes alguna crema para darte? Me temo que ya te hayas quemado.

—Estaré bien —le aseguró ella.

Pero antes de que se pudiera marchar, él le puso la mano en la espalda y la empujó suavemente hacia la mesa.

—Ven —le dijo—. Desayunaremos con Ariadne. Le diré a Kiria Papandreiu si tiene alguna aspirina para tu dolor de cabeza.

— De verdad que no...

Pero Nikolas ya se había acercado a la mesa y servido un zumo de naranja.

—Toma. Esto te hará sentirte mejor. Está lleno de vitamina C.

Paige dudó de que algo la pudiera hacer sentir mejor, aparte de tumbarse en una habitación a oscuras, pero la verdad fue que el zumo le sentó bien. Tanto como para poder ver el desayuno sin sentir náuseas.

Entonces apareció el ama de llaves para servirlos ella misma. Nikolas le pidió café para los dos y una aspirina para ella. Además, allí había una cierta brisa fresca y eso la ayudó a relajarse.

—¿Le duele la cabeza? —preguntó Ariadne con una evidente satisfacción en la voz—. ¿No debería meterse en la casa y tumbarse?

—Solo es un pequeño dolor de cabeza. La verdad es que ya me estoy sintiendo mejor. Lo cierto es que el calor nunca me ha molestado anteriormente.

Ariadne pareció escéptica.

— ¿Está acostumbrada al calor, señorita Tennant? ¿Está acostumbrada a pasar sus... dos semanas de vacaciones al sol?

—La verdad es que solíamos pasar varios meses en el sur de Francia en el verano — la corrigió ella con cierta satisfacción.

Pero no dijo nada de su estancia en esa misma isla. Se podía imaginar perfectamente la cara que pondría esa chica si le hablaba de su relación con Nikolas o del hecho de que su padre y ella habían pasado algunos días en el yate de Nikolas.

Pero no tenía ninguna gana de empezar una batalla con la adolescente. O de continuarla, pensó dándose cuenta de que Ariadne ya estaba buscando problemas. En cualquier caso, parecía evidente que Nikolas no le había contado que se conocían de antes, así que no era cosa suya sacarlo a relucir.

Pero Ariadne no dejó el tema. Esperó impacientemente hasta que el ama de llaves llevó los cafés y la aspirina y volvió a la carga.

—¿Qué hacía en el sur de Francia, señorita Tennant? ¿Trabajaba en algún hotel?

Paige casi se atragantó.

—No. Entonces no estaba trabajando. Aún iba al colegio.

—Entonces eso fue hace mucho tiempo —dijo Ariadne inocentemente y Nikolas le dirigió una mirada de advertencia.

—Eso no es de tu incumbencia —dijo él—. La vida privada de la señorita Tennant es suya. Y lo que hiciera antes de venir aquí no debe importarte.

—Oh, pero Nikolas... Yo solo siento interés. Si tenemos que ser amigas, no debe haber secretos entre nosotras.

—Los amigos no hacen preguntas personales.

Luego Nikolas se dirigió a Paige y le ofreció la bandeja de cruasanes.

—Toma. Todavía no hemos hablado de tus deberes aquí.

—Yo no necesito una niñera, Nikolas —dijo Ariadne antes de que Paige pudiera

responder.

Él hizo un esfuerzo evidente para controlar el enfado.

—No, pero sí compañía. Alguien que te acompañe cuando yo vuelva a Atenas.

— Pero yo también quiero volver a Atenas — protestó Ariadne.

Paige sospechó entonces que ahí estaba el problema. Nikolas era responsable de la chica, pero le estaba resultando difícil vigilarla mientras seguía trabajando. Era un alivio sentirse necesitada.

—Es... mejor para tu salud el que te quedes en la isla. Te has vuelto muy sensible a la infección, Ariadne. Y lo sabes. Quedarte aquí te dará tiempo para recuperarte, para relajarte.

Ariadne no se rindió.

— Lo que pasa es que no quieres que esté contigo — dijo suspirando.

— Atenas no es el mejor sitio para estar en mitad del verano. Hace calor y hay mucha gente. En cualquier caso, estás más cómoda aquí.

—Pero yo quiero estar contigo...

—Eso no es posible, Ariadne.

Nikolas se tomó su café de un trago, pero cuando fue a hablar con Paige, la chica dijo de nuevo:

—No seré una molestia para ti. Y ya sabes que solo enfermo cuando tú no estás cerca.

—i Ftani pya!

Con las prisas para terminar la conversación, Nikolas se olvidó de hablar inglés y Paige se percató de lo harto que debía estar.

—¿Por qué me hablas en griego, Nikolas? —le preguntó Ariadne—. ¿Es que no quieres que la señorita Tennant sepa que nos hemos hecho... tan amigos?

—Te lo advierto, Ariadne...

Paige se levantó de repente. No tenía la menor intención de seguir con aquello. La avergonzaba oír cómo Ariadne se rebajaba tanto. Y a pesar de que no le caía nada bien, no podía evitar la sospecha de que Nikolas se había buscado todo aquello. Evidentemente, había permitido que Ariadne se saliera demasiado con la suya, y ahora lo estaba pagando.

—Si no os importa —dijo—, me gustaría darme una ducha. Tal vez podamos hablar de lo que quieres de mí en otro momento.

Nikolas se levantó también.

— Pero no has comido nada.

— La verdad es que prefiero darme una ducha. Si me disculpáis...

Paige se levantó y se dirigió hacia la casa. En el camino, se encontró con Sophie, que bajaba a desayunar.

—Hey, Paige.

Por una vez, Sophie parecía contenta y Paige no quiso que le notara lo poco que le gustaba lo que se había puesto. Un top elástico color rosa y unos vaqueros cortados, muy cortos.

—Te veré más tarde —dijo y se dirigió al interior de la casa, sin poder evitar una sonrisa cuando pensó en la reacción de Nikolas.

## Capítulo 5

UNOS veinte minutos más tarde, cuando Paige salió del cuarto de baño, vio que alguien le había dejado una bandeja con café, zumo de naranja, fruta y cruasanes en su habitación. No creía que Nikolas tuviera esos detalles, ¿pero quién más podía haber sido? Ahora que se había refrescado, estaba hambrienta, se comió una manzana mientras se secaba el cabello.

Después de haber desayunado apropiadamente, se puso un vestido sencillo y, cuando se miró al espejo, vio que tenía bastante mejor aspecto que antes. Un poco de maquillaje y terminó de arreglarse.

Cuando bajó de nuevo, por los ventanales se veía el mar y un barco con las blancas velas al viento. También se veía la piscina, donde alguien estaba nadando.

Era Sophie. Cuando se acercó, su hermana la vio y se aproximó también.

Llevaba un escueto bikini que debía ser nuevo.

—¿Vienes? —le preguntó su hermana.

Paige agitó la cabeza y le preguntó a su vez.

— ¿Dónde está todo el mundo?

—Tu jefe dijo que tenía trabajo. Y no tengo ni idea de dónde está la Viuda Negra.

— ¡ Sophie! Bueno, en cualquier caso, esta mañana no podrías haberla llamado así. Iba toda de blanco.

— Sigue siendo un grano en el trasero. Desapareció poco después de que lo hiciera Petronides. Probablemente se va a mantener apartada, esperando que nos marchemos.

Paige no dijo nada, pero sospechaba lo mismo que su hermana. Ariadne no les iba a poner fáciles las cosas y temía lo que pudiera hacer la chica cuando Nikolas no estuviera cerca para contenerla.

—¿Por qué no te das un baño? —le preguntó Sophie.

—Porque acabo de ducharme. Me pregunto si el ama de llaves sabrá dónde está.

—¿A quién le importa? Podemos disfrutar mientras dure. Son como unas vacaciones. Y algo me dice que madame Ariadne no nos va a dejar disfrutar por mucho tiempo.

Aunque Paige había pensado lo mismo, se negaba a creerlo.

—No nos puede despedir—dijo. Sophie la miró con ojos suspicaces.

—Pareces muy segura. ¿Qué sabes que no me has contado?

—Mira. Ariadne no me ha contratado, lo ha hecho Nikolas. Y nos marcharemos de aquí cuando él lo diga, no antes.

Sophie entornó los párpados.

—Te gusta, ¿no?

—Me gusta lo que sé de él. Supongo que, como jefe, no está mal.

—No me refería a eso, y tú lo sabes —dijo riendo—. ¡No me lo puedo creer!



¡Después de lo que me dijiste y resulta que ahora te gusta a ti!

—Eso no es cierto.

— Oh, de acuerdo. ¡Y yo soy el tío de Madonna! Vamos, Paige, tú crees que tienes posibilidades.

—No. Solo porque él no es lo que te habías esperado, no tienes que ponerte a fantasear sobre mí.

Sophie se encogió de hombros.

— Es sexy.

— Y tú no eres la primera en pensarlo.

—Bueno, no lo puedes negar. Me pregunto cómo será en la cama.

— ¡Por Dios! — exclamó Paige temiendo que alguien las pudiera oír—. Me voy a sentar en una de esas tumbonas. Tú puedes acompañarme cuando termines de nadar.

— ¡Espera! —exclamó Sophie mientras salía de la piscina—. ¿Qué has estado haciendo antes? ¿Por qué has tenido que ducharte otra vez tan de repente? Te duchaste nada más levantarte.

—Y lo hice. Me fui a dar un paseo, eso es todo. Pero hacía mucho calor y me quería quitar la camiseta y pantalones. Estaban sudados.

—¿Un paseo? ¿A dónde fuiste? ¿Sola?

— No, fui con el señor Petronides — respondió Paige pensando que no tenía sentido mentir—. Nos acercamos a los acantilados, pero a mí empezó a dolerme la cabeza. Como ya te he dicho, hacía mucho calor, así que nos volvimos.

—Ya veo.

Pero la expresión de Sophie era provocativa y Paige perdió la paciencia.

— No me mires así — dijo—. Iba a ir sola, pero él quiso aprovechar la oportunidad para hablar del trabajo. No te imagines que, si me avergüenzas lo suficiente, cambiaré de opinión sobre continuar aquí. He aceptado este trabajo y lo voy a llevar a cabo lo mejor que pueda.

—Vaya cosa. ¿Y qué se supone que he de hacer yo mientras tú trabajas?

—Cuando he bajado parecías estar pasándotelo bien. Mira, hace demasiado calor para discutir. ¿Por qué no sigues nadando?

Paige empezó a desear haberse puesto algo de crema solar cuando oyó unos pasos tras ella. Por un momento pensó que podría ser Nikolas, pero cuando se volvió vio a Ariadne acercándose a ellas con una evidente mala gana.

—Ah, hola —dijo Paige—. ¿Vienes con nosotras?

Ariadne pareció como si se fuera a dar la vuelta y salir corriendo hacia la casa, pero no lo hizo. A pesar de las pocas ganas que sentía de aceptar a Paige como amiga, estaba claro que le habían dicho que lo intentara. Así que se recostó en otra tumbona y abrió el libro que llevaba en las manos.

Paige trató de ser simpática y le preguntó:

—¿Qué estás leyendo?

Ariadne le mostró las tapas para que lo pudiera ver y entonces se dio cuenta de que Sophie estaba en la piscina. Su indignación fue evidente y empeoró cuando su

hermana eligió precisamente ese momento para salir del agua. Con el bikini que llevara, era evidentemente una fuente de irritación para la chica griega. Paige se preguntó si su hermana se daba cuenta de lo difícil que se lo estaba poniendo a ella.

Por supuesto que se daba cuenta. Sophie se puso en pie y se secó con una de las toallas. Luego, como sabiéndose observada, se puso los muy cortos pantalones sobre las empapadas piernas, con una provocación deliberada.

Para distraer a Ariadne, Paige dijo:

—Ah, estás leyendo Jane Eyre. ¿Te gusta? A mí me encantan los libros de Charlotte Bronte. El señor Rochester es un protagonista muy atractivo, ¿no crees?

Ariadne la miró hostilmente.

—No tanto como Nikolas. ¿No cree que Nikolas es atractivo, señorita Tennant? ¡Tan alto, moreno y poderoso!

Paige no supo qué decir. Negarlo no era una opción, pero admitirlo levantaría toda clase de suspicacias.

—No estoy segura de que le gustara saber que estamos hablando de él —dijo por fin—. ¿Has leído algo más de las Bronte?

—¿Tiene usted un...? ¿Cómo se dice? ¿Un novio, señorita Tennant? Me pregunto qué pensará él de que pase usted varias semanas lejos de casa.

Paige suspiró ya un poco harta.

—Si tengo novio o no, no es cosa tuya, Ariadne —respondió conteniéndose con un esfuerzo—. Ahora tal vez podamos hablar de lo que sueles hacer aquí. ¿Nadas? ¿Buceas? ¿Montas a caballo?

—¿Por qué no quiere hablar de usted, señorita Tennant? —dijo Ariadne sin contestar a sus preguntas—. Estoy empezando a pensar que tiene algo que ocultar.

—¿Y por qué tú estás tan empeñada en hablar de mí? No creo que mi historia te resulte interesante.

—Oh, pero se equivoca —dijo Ariadne dejando a un lado el libro y mirándola maliciosamente—. Siento curiosidad acerca de por qué Nikolas la ha traído a usted y a su hermana a Skiapolis cuando yo no necesito que nadie me acompañe.

Paige se encogió de hombros.

—Tal vez debieras preguntárselo a él.

Una sombra la tapó entonces, era su hermana.

—¿Preguntarle qué a quién? —dijo Sophie mientras se secaba el cabello—. Dejad que me lo imagine. Debe ser a Nikolas. ¿Qué pasa? ¿Está Ariadne enseñando las garras de nuevo? ¡Cielo Santo, es todo un cliché!

El rostro de Ariadne se ensombreció de furia.

—¿Qué? ¿Qué me has llamado?

—He dicho que eres un cliché —respondió Sophie antes de que Paige se lo pudiera impedir—. Un caso muy triste. ¿Por qué no maduras un poco?

—¡Yo soy madura!

—Sí, claro —dijo Sophie dejándose caer sobre otra tumbona, riéndose—. Me refiero a ¿de dónde sacas esa ropa?

— ¡Mi ropa no tiene nada de malo!

— ¡Tonterías! ¡Como si siguiera de moda! ¡Vamos, Ari, vive un poco!

— ¡Sophie!

Paige temió que su hermana se hubiera pasado de la raya, pero Ariadne estaba demasiado agitada como para darse cuenta.

— Si tú te crees que yo me pondría lo... lo que llevas tú...

Ariadne puso cara de disgusto, pero Sophie no se dio por ofendida. En los últimos seis meses había pasado por cosas mucho peores.

— No podrías —dijo levantando una pierna y examinándosela con evidente satisfacción—. No tienes figura para ello.

—Mi figura no tiene nada de malo.

—¿Qué figura? Si lo dices muchas veces, tal vez puedas empezar a creértelo.

— ¡Eres una insolente!

—Sí. Es divertido, ¿no? —dijo Sophie tumbándose del todo en la tumbona.

Luego le dijo a Paige:

—¿Sabes? Podría llegar a acostumbrarme a esto.

—Tú... tú...

Ariadne se puso en pie de un salto, buscando una palabra que pudiera describir lo que sentía por la otra chica en esos momentos, pero luego estalló en griego. Estaba toda colorada y le temblaban las manos mientras gesticulaba. Paige pensó que iba a atacar a su hermana y que las dos terminarían rodando por el suelo.

—Ariadne —dijo al tiempo que levantaba una mano para calmar la situación.

Pero ya era demasiado tarde. Con una maldición final, Ariadne se fue y las sandalias de tacón alto que llevaba resonaron en el patio mientras se dirigía apresuradamente hacia la casa.

El silencio que siguió fue impresionante. Solo Dios sabía lo que Ariadne le contaría a Nikolas. Se dijo a sí misma que ella no era responsable del comportamiento de su hermana, pero la verdad era que le había permitido actuar y no se sentía orgullosa de no haber hecho nada para impedirlo.

Sophie no tenía tantas inhibiciones.

—Así está mejor —dijo—. Este lugar mejora mucho si ella no está cerca. ¡Es tan aburrida! Actúa más como si tuviera setenta años que diecisiete.

—Da igual, no tenías derecho a hablarle así — dijo Paige—. Lo que se pone no es de tu incumbencia.

—¿Y qué? Ya es hora de que alguien le rompa la burbuja. Ella se cree que puede decir lo que quiera, que nadie se va a quejar. ¡Preguntarte a ti si tienes novio o por qué su viejo nos ha invitado a las dos aquí! ¡Como si eso la importara!

—Él no es su viejo.

Entonces se dio cuenta de lo que acababa de decirle Sophie.

—¿Cómo sabes de lo que estábamos hablando?

—Tengo oídos. Los sonidos se oyen muy bien en las piscinas, Paige. De todas formas, deberías agradecerme que haya hablado por ti. Tú eres demasiado inocente.

Ser educada no te lleva a ninguna parte con zorritas como esa. Yo lo sé, trato con ellas todos los días.

— No me lo puedo creer, Sophie, no somos unas invitadas aquí. Somos empleadas. O lo soy yo. Y los empleados no se pelean con sus jefes. Puede que yo sea inocente, pero eso lo sé.

— También dijiste que Ariadne no es tu jefa. Tranquilízate, Paige. Seguro que no dice nada, una lástima.

— ¿Qué quieres decir con eso?

— Que nos vamos a quedar aquí pase lo que pase. Aunque supongo que tiene sus compensaciones. Estoy ansiosa por ver lo que hace esa mosquita muerta cuando se dé cuenta de que tiene competencia.

Paige tragó saliva.

— ¡Eso es ridículo!

— No, no lo es. He visto cómo te mira él. Paige no lo pudo remediar y se ruborizó ferozmente. Sophie la señaló triunfalmente con un dedo.

— ¿Lo ves?

Paige se puso en pie.

— Voy a buscar a Ariadne.

— ¿Por qué? ¿Porque no soportas el calor? — le preguntó su hermana bromeando.

— No, porque no quiero seguir aquí escuchando tus tonterías más tiempo.

— De acuerdo. Como quieras. ¿Te importa acercarme la sombrilla? No me quiero quemar.

Paige iba a decirle que se levantara y lo hiciera ella misma, cuando Sophie dijo de nuevo:

— ¡Hey! ¡Mira quién viene! ¿Habré dado en el clavo?

Paige se volvió pensando que esta vez sí que era Nikolas, para regañar a Sophie o, peor aún, las iba a poner a las dos de patitas en la calle, pero se trataba de nuevo de Ariadne. Se había cambiado y ahora llevaba un top a rayas y una minifalda vaquera que dejaba al aire sus esbeltas piernas, además de unos zapatos bajos que la hacían parecer lo joven y bonita que era. Muy distinta de la chica que había entrado en la villa un cuarto de hora antes.

Pero su actitud no parecía haber cambiado. Ignorándolas a las dos, se sentó de nuevo en la tumbona que había ocupado antes, tomó su libro y se puso a hacer como si estuviera leyendo.

— Te veré más tarde —le dijo Paige a Sophie—. Si ves al señor Petronides, dile que he subido a terminar de deshacer la maleta.

Sophie se apoyó en los codos.

— ¿Y qué se supone que he de hacer con ella? — dijo señalando a Ariadne con el pulgar.

— Solo sé educada —respondió Paige pensando que eso le iba a ser muy difícil—. No tardaré.

## Capítulo 6

PAIGE no volvió a ver a Nikolas en todo el día. Almorzó con las dos chicas en el patio y después, Ariadne dijo que se iba a echar la siesta y Paige se sintió tentada de hacer lo mismo, pero se recordó a sí misma que no era una invitada, así que se pasó la tarde con Sophie en la piscina.

Antes de cenar se dio una ducha y Nikolas tampoco apareció entonces.

Al parecer le dejaba a Ariadne la labor de entretenerlas como invitadas, pero la chica seguía teniendo la misma cara agria de siempre. Paige decidió que esta vez no se iba a salir con la suya. Fuera cuales fueran las intenciones de Nikolas para llevarla allí, no creía que se fuera a esperar que soportara la insolencia de Ariadne, pero le hubiera gustado que su posición estuviera más definida.

—Le ha dado mucho el sol, señorita Tennant — dijo Ariadne —. Ha sido muy poco inteligente pasarse toda la tarde en la piscina.

—Pero ha sido muy agradable —respondió Paige, molesta por el tono sarcástico de la chica—. ¿Te encuentras mejor? Estabas muy pálida cuando te fuiste a echar la siesta.

— Estoy perfectamente.

—¿De verdad? Pero tu tutor me dijo que habías estado enferma. Que era por eso por lo que quería que pasaras el verano aquí, en la isla.

—Esa no es la razón —respondió Ariadne y Paige recordó la discusión que había tenido con Nikolas esa mañana.

—Lo que sea.

Sophie intervino entonces.

—Bueno, yo creo que Ariadne se lo pasaría mucho mejor en Atenas. La isla está bien, pero es aburrida. No hay nada que hacer aquí.

—¿Y qué sabes tú?

—Evidentemente, más que tú.

Pero entonces Paige decidió intervenir.

—Eso no tiene realmente importancia, ¿verdad? Todas vamos a pasar el verano aquí, así que os sugiero que tratemos de sacar lo mejor de ello. Es un lugar precioso.

—Como el Jardín del Edén —afirmó Sophie provocadora—. Y, como todos los paraísos, tiene que haber una serpiente.

—¿Estás queriendo decir...?

—¿Dónde vivías antes de la muerte de tus padres? —preguntó entonces Paige.

—En Atenas, por supuesto.

Para alivio de Paige, la chica decidió seguir hablando de ello.

— Mi padre tenía una gran villa no lejos de la casa de Nikolas. Por eso lo conozco tan bien.

—¿Y también ibas allí al colegio?

—¿Importa eso? Pronto dejaré el colegio. Tengo casi dieciocho años.

En un momento dado, Ariadne pagó su mal humor con una de las jóvenes doncellas y Paige se sintió obligada a salir en su defensa.

—Si no quieres comer, Ariadne, no comas. Pero no pagues tu mal humor con gente inocente solo porque tienes algo en contra de todo el mundo.

Ariadne se quedó boquiabierta.

—No sé de lo que me está hablando.

— Sí, lo sabes. Tienes cara de amargura desde que hemos llegado. Bueno, pues yo ya me he cansado de mantener esta relación de solo una parte. De donde yo vengo, la gente trata a los demás con respeto, así que te sugiero que aprendas a hacer lo mismo.

— ¡No me puede hablar así a mí!

—Lo acabo de hacer.

—Se lo diré a Nikolas.

—Adelante, pero dudo mucho que él apruebe tu actitud.

— ¡Usted no sabe nada de Nikolas!

Por una vez, Paige se enfadó demasiado como para ser discreta.

— ¡Más de lo que te podrías imaginar! Y ahora, sigamos cenando —dijo y miró a su hermana como advirtiéndole de que no hiciera más comentarios—. Sin más tonterías.

Ariadne la miró incrédula por unos segundos y luego se levantó.

—No tengo que escuchar esto. Le diré a Kiria Papandreiu que me lleve la cena a mi habitación.

—No, no lo harás. Si te levantas de esta mesa, no cenarás. ¿Entendido? Y ahora deja de comportarte como una niña y siéntate — le dijo Paige.

Pero no sirvió de nada. Ariadne hizo un gesto de indignación, tiró su servilleta y abandonó el comedor.

— ¡Hey, allá va, Paige!

Sophie estaba encantada, pero eso no alivió a Paige.

A la mañana siguiente, Paige estaba más animada. Aquello tenía que funcionar, como fuera. Tenía que intentar ganarse la confianza de Ariadne y pensó que, lo primero que tenía que hacer era hablar con Nikolas. Así que se dirigió al patio, esperando que él y Ariadne estuvieran desayunando juntos.

Pero, a pesar de que la mesa estaba servida para cuatro, no había nadie.

El ama de llaves se acercó entonces y le preguntó en griego si quería desayunar, y Paige se animó al darse cuenta de que la podía entender y que recordaba algo del idioma.

Después de desayunar, le pidió al ama de llaves que, si veía al señor Petronides, le dijera que había ido a dar un paseo.

Su primera intención fue acercarse a los acantilados, pero cuando vio la playa, no pudo resistir la tentación. Esa mañana no le dolía la cabeza y, a pesar de que quería hablar con Nikolas, no podía quedarse sentada esperándolo. Además, solo eran las ocho y no sabía a qué hora habría llegado él por la noche.

Ni dónde había estado, aunque eso no era de su incumbencia.

En la playa hacía más fresco, se quitó los zapatos y disfrutó de la sensación de andar descalza por la arena. Eso la hizo recordar su infancia, cuando toda la familia se

iba a Bournemouth en agosto.

Su madre vivía todavía y su padre no estaba tan estresado como más tarde en busca del éxito. Solo fue después de la muerte de su madre cuando él dedicó todas sus energías a hacerse rico.

Y fue él quien le presentó a Nikolas Petronides.

Fue en una fiesta en Monte Carlo. Su padre había asistido a un seminario al cual asistió también Nikolas, y el magnate griego supuso para él una tentación que no pudo resistir.

Su padre llevaba una temporada tratando de buscar apoyos financieros para una naviera que ella supo después que tenía dificultades. Su padre había invertido mucho dinero de sus clientes en ella y estaba buscando a alguien que lo apoyara para reflotar la

compañía.

O, por lo menos, eso fue lo que le dijo a ella.

Y ella lo había creído.

Ahora sabía que todo había sido mentira. Incluso antes de que Nikolas la acusara de ser parte de las maquinaciones de su padre, ella había descubierto lo vacías que eran las promesas de Parker Tennant. En los años que siguieron, perdió la cuenta de las veces que él le aseguró que esa vez iba a ser la buena, pero solo para terminar más llenos de deudas. Cuando él murió, debía una pequeña fortuna y le tocó a ella salvar lo que pudo del naufragio.

Era por eso por lo que Sophie estaba tan amargada y ella no podía culpar a su hermana cuando hacía algo extravagante. Después de todo, ella solo estaba siguiendo la tradición familiar. Dios sabía que ella misma había cometido una buena cantidad de errores en su vida.

Pero después de su relación con Nikolas, siempre se había negado a tomar parte en los asuntos económicos de su padre. Fuera cual fuese la verdad, él la había herido profundamente y ella no tenía la menor intención de volver a arriesgar su corazón.

Y por eso empezó a salir con Martin Price.

Sinceramente, no podía decir que se hubiera enamorado de él como lo había hecho con Nikolas. Su relación se había basado en que se gustaban y a ella no se le ocurrió que él pudiera tener otras intenciones ocultas, cosa que, al final resultó ser así.

Suspiró. Ahora todo eso era el pasado y, desde que había vuelto a ver a Nikolas, no le cabía la menor duda de lo yana que había sido su relación con Martin. El afecto que había sentido por él no tenía nada que ver con la pasión que despertaba en ella el griego y se le hizo un nudo en la garganta al pensar en lo que se había perdido.

Se acercó al embarcadero de madera que se adentraba en el agua. Miró hacia abajo y el agua era tan transparente que se podía ver perfectamente el fondo y los peces.

No supo qué la hizo mirar atrás, pero cuando lo hizo, vio a Nikolas acercándose por la playa. Cuando estuvo más cerca, vio las gafas y el tubo de buceo que llevaba en

la mano.

—Buenos días —le dijo él—. Pensé que te encontraría aquí.

Paige se obligó a sonreír educadamente.

—Recibiste mi mensaje, entonces.

—He visto a Kiria Papandreu, ne. Te he visto mirando fascinada los peces. Tal vez quieras unirme a mí.

—¿Unirme a ti?

Entonces ella se dio cuenta de que llevaba dos gafas

¿Por qué no? Estoy seguro de que te gustará. Todavía es temprano, así que dudo que las chicas se hayan levantado.

Paige agitó la cabeza como para aclarársela.

— De hecho, me gustaría hablarte de Ariadne. Esperaba poder haberlo hecho ayer, pero como no lo hice, tal vez podamos hablar ahora de mis deberes.

—¿Tus deberes? ¿O tal vez de cómo espero que te las arregles con la actitud de Ariadne? Me dijo que... que cómo se diría? ¿Que te habías pasado con ella, ohi? Ya sé que te puede resultar difícil de creer, pero es una niña muy insegura.

— Pero ese es el caso, que no es una niña. Y no serviré de nada si tú contradices cualquier instrucción que yo le dé. Anoche, sobre todo en la cena, fue especialmente... incómoda. Tú dijiste que necesitaba compañía y, en mi opinión, necesita más que eso.

Nikolas se puso serio.

— ¿He dicho yo que haya criticado tus instrucciones? Lo que te estoy diciendo es que las apariencias pueden ser engañosas. Puede que ella te parezca llena de confianza, pero por debajo está pidiendo afecto a gritos.

Paige se puso seria a su vez.

— Bueno, eso lo sabes tú mejor que yo.

— ¿Qué se supone que significa eso?

—Solo que ese afecto es lo último que ella quiere de mí.

— ¿Eso crees?

— ¿Tú no?

— Tal vez no sea yo la mejor persona para juzgarlo —respondió él fríamente—. Por lo menos, para ti, mi opinión no cuenta mucho.

Paige tuvo la impresión de que se estaban saliendo del tema y de que se estaban metiendo en aguas más profundas de por las que ella quería andar.

—Mira, tal vez podamos hablar de esto más tarde — dijo.

— Estás nerviosa. ¿No será que te intimidó?

— Si me intimidas o no, no es relevante. Por lo que se refiere a Ariadne, creo que no estamos de acuerdo. Tendré en cuenta lo que me has dicho, pero no te puedo prometer que ella vaya a cooperar.

Nikolas suspiró.

— Confiaré en tu buen juicio. Y ahora, ¿qué decides?

— ¿Sobre qué?



—Sobre lo de bañarte conmigo —dijo él bloqueándole el paso por el muelle. Luego se desabrochó la camisa y continuó:

—Vamos, te gustará.

—No lo creo. Gracias.

— ¿Por qué no?

— ¿Por qué no? Creo que tú conoces la respuesta tan bien como yo misma. Si me disculpas, iré a ver qué está haciendo Sophie...

—Te preocupa el que no lleves bañador. ¿Y qué? Ya te he visto desnuda antes. ¡Ya lo tuvo que sacar! Paige se ruborizó por todo el cuerpo. Pero tenía que detener eso inmediatamente, antes de quedar como una tonta.

—No quiero bañarme. Está haciendo mucho calor y prefiero volver a la casa.

— En el agua se está más fresco. ¿Es que te has vuelto púdica, agaphita? Aquí no te puede ver nadie más que yo.

—Ese no es el caso.

— ¿Y cuál es el caso pirazi?

— Soy tu empleada, no tu invitada.

—No creo que eso te importe.

— Pero te debería importar a ti.

— ¿Y si no me importa?

—Puede importarle a Ariadne —dijo ella infantilmente.

Cuando él entornó los párpados, se dio cuenta de que había dicho algo equivocado.

— ¿Y? —dijo él acercándose.

Dado que estaba al final del muelle, Paige se vio obligada a quedarse donde estaba.

—Estás celosa, Paige —añadió él—. Te gustaría bañarte conmigo, pero tienes miedo de molestar a tu conciencia, ¿ohi?

— ¡No! Es solo que no veo ningún sentido en hurgar en el pasado. Y además, tú solo te estás divirtiendo a mi costa. ¿Qué es lo que quieres realmente, Nikolas?

— Yo quiero... — dijo él acariciándole el labio inferior con el pulgar—. Oh, muchas cosas, Paige.

Mientras le miraba los senos, añadió:

— Y a ti desnuda no está en mi agenda.

— Yo... me alegro de saberlo.

— ¿De verdad?

Nikolas se acercó más todavía, hasta que sus cuerpos se rozaron.

— ¿Así que no te estoy afectando? ¿Ni siquiera un poco? ¿Saber que estamos aquí completamente solos no te afecta nada?

— ¿Debería? —dijo ella aparentando una indiferencia que no sentía.

— A mí sí que me afecta.

El le puso entonces las manos en los hombros. Luego, de repente, la besó y su lengua no encontró ninguna resistencia para introducirse entre sus labios.

Si había sido un juego por parte de él, le salió el tiro por la culata. Cuando la besó, ella se dio cuenta inmediatamente de que había perdido el control. Pero entonces ella lo perdió también y se agarró con fuerza a él para no caer al agua. Por algunos minutos estuvo demasiado obnubilada como para pensar en cualquier cosa que no fuera él y la sensación de su boca.

Notaba perfectamente lo excitado que estaba él y pensó en cómo sería tumbarse allí mismo, sobre las calientes tablas del embarcadero, sentir la excitación de él deslizándose en su húmeda calidez...

Abrió las piernas casi instintivamente, deseando que él la tocara y supiera lo excitada que estaba. Pero en vez de deslizarle la mano bajo la falda, él se separó haciendo un esfuerzo sobrehumano que lo dejó jadeante y colorado.

—Exipnos, Paige —murmuró—. Poli Exipnos. Lista. Muy lista.

Y, sin darle la posibilidad de defenderse, se quitó la camisa y se tiró al agua.

Capítulo 7

ESA tarde, Paige oyó el helicóptero mientras se duchaba. Eso significaba que Nikolas lo había llamado y que se marchaba. ¿Pero cuándo? Seguro que pronto.

No le sorprendía después de lo sucedido aquella mañana, seguramente él no querría prolongar su estancia en la isla. Lo que le extrañaba era que no la hubiera despedido. Lo había avergonzado a él y a ella misma y, seguramente, él no la iba a perdonar por ello.

Esa mañana, por suerte, había tenido tiempo de subir a su habitación para tranquilizarse antes de encontrarse con Ariadne, que se esforzó por convencerla de que lamentaba la forma en que se había comportado la noche anterior. Le dio una excusa acerca de que Sophie la había molestado y Paige tuvo que admitir, para ella por lo menos, que su trabajo podía ser mucho más fácil sin las provocaciones de su hermana.

Cuando apareció Nikolas, muy serio, siguieron charlando en armonía. Luego él había invitado a la chica a que lo acompañara a un viaje que pretendía hacer al otro lado de la isla, cosa que había dejado a Paige sintiéndose superflua.

Su hermana trató de animarla durante el almuerzo, que hicieron solas, ya que los otros dos no habían vuelto.

Ahora, mientras se preparaba para la cena, pensó que, si Nikolas la podía tratar con indiferencia, ella podría hacer lo mismo. Si...

Suspiró y pensó que, tal vez sería mejor que tomara ella la iniciativa y le dijera que se marchaba. Pero entonces se vería obligada a volver a Londres y afrontar los problemas que había dejado allí.

Se sorprendió cuando la puerta se abrió de repente y Sophie entró en la habitación.

— ¿Es que no puedes llamar a la puerta? Si no te importa, me gustaría tener un poco de intimidad.

— ¡Vaya! No la pagues conmigo. Ya te dije que no tienes nada de que preocuparte. A Paige le gustaría tener su confianza.

— No pensarás bajar a cenar vestida así, ¿verdad?

—¿Por qué? ¿Qué tiene de malo? —Dijo Sophie mirándose el mini vestido que llevaba con mucha satisfacción—. A mí me parece que voy bien.

Sophie se había vuelto a poner el pendiente en la nariz que llevaba en Londres. Estaba claro que su hermana estaba buscando problemas esa noche y Paige estaba demasiado preocupada como para empezar otra discusión.

— ¿Qué es lo que quieres, Sophie?

—Algo de animación. Alguien interesante con quien hablar. ¡Un porro! ¿Es que tengo que tener alguna razón en especial para venir a tu habitación? Yo creía que te alegrarías de mi apoyo.

— No vestida así.

— ¡Entonces, adiós!

Se dirigió a la puerta y, desde allí miró a su hermana y añadió:

— Le puedes decir a tu precioso jefe que no tengo hambre. Por cierto, ese vestido te hace un trasero bien gordo.

Luego salió dando un portazo. Paige sintió la tentación de seguirla, pero sabía que no serviría de nada; su hermana, de ese humor, no haría ningún caso.

Suspiró. Ya era hora de bajar. No estaba ansiosa por hacerlo, pero no tenía otra opción. Además, si es que era posible, tenía que tratar de reparar el daño que había causado esa mañana. Si Nikolas se iba a marchar, tal vez quisiera darle una segunda oportunidad. Solo podía esperar eso.

Y también esperaba que Ariadne estuviera de buen humor.

Una vez abajo, se dirigió al salón donde habían tomado las copas la noche que Nikolas cenó en casa.

Se detuvo en la puerta al ver a un hombre sirviéndose una copa. No era tan alto como Nikolas, pero sí igual de moreno y fuerte. No se veía por ninguna parte ni a Ariadne ni a su protector.

— Kalispera, señorita Tennant.

—Lo siento. ¿Sabe usted...? ¡Yanis! ¡Yanis Stouros! No le había reconocido.

— Then pirazi — dijo Yanis sonriendo—. No importa, kiria. Todos nos hemos hecho mayores. Yo he ganado un poco de peso y mi cabello... Me alegro de volver a verla. ¿Está bien?

—Estoy bien, sí —dijo ella estrechándole la mano—. No sabía que estuviera aquí. ¿Dónde se había metido?

—Acabo de llegar hace poco, pero tengo entendido que está trabajando para Nikolas. Estamos los dos en el mismo barco, ¿ohi?

Paige recordó entonces el helicóptero.

—¿Es eso lo que le ha dicho?

—No. Me dijo que usted está aquí para hacerse amiga de Ariadne. Eso está bien. Ella necesita compañía femenina. La pequeña lleva mucho tiempo sola.

—¿De verdad? Bueno, ya veremos. Yo no estoy muy segura de que esto vaya a funcionar.

Yanis sonrió.

—No deje que le amargue la vida. Ya sé que Ariadne puede ser muy desagradable, pero no es mala chica. Y usted tiene la confianza de Nikolas, recuérdelo.

Paige no estaba tan segura de ello, pero no lo dijo.

—¿Y cómo está usted? —Dijo en su lugar—. ¿No se ha casado?

— ¿Quién querría hacerlo conmigo?

Yanis la miró fijamente y ella recordó lo amable que había sido con ella cuando terminó su relación con Nikolas. Pero ella no quiso su admiración. Particularmente cuando algunos de los errores que había cometido no eran suyos.

— Estoy segura de que eso no es un problema — dijo dándose cuenta de que la conversación se había vuelto demasiado personal—. ¿Dónde está Nikolas?

—Estoy aquí.

Paige se sorprendió.

—Deje que le sirva algo de beber, Kiria —dijo Yanis.

Los dos hombres se acercaron juntos al bar.

—La señorita Tennant prefiere vino —dijo Nikolas, que estaba muy elegante con una camisa crema, pantalones negros y una chaqueta de cuero muy fina.

Iba más formalmente vestido de lo habitual y Paige se preguntó si se marcharía esa noche. Posiblemente habría quedado para cenar en Atenas y el pulso se le aceleró al pensar que podía ser con otra mujer. Estaba pensando en esa posibilidad cuando él añadió:

— ¿Estoy en lo cierto?

— ¿Qué? Ah, el vino. Sí. Gracias.

Estaba claro que él no había tenido tiempo de poner en perspectiva lo de esa mañana, ya que la frialdad anterior había desaparecido. O tal vez la presencia de Yanis había suavizado su humor. De cualquier manera, los miedos que había tenido todo el día parecieron infundados. Eso a no ser que él quisiera esperar a la cena para soltar su ultimátum.

Como fuera, ella decidió no sentirse amenazada por su habilidad de actuar como un camaleón. Si la experiencia le había enseñado algo era que los hombres rara vez mostraban sus sentimientos. Por muy insegura que se sintiera, tenía que comportarse como si no hubiera sucedido nada.

Así que se dirigió a Yanis y le dijo:

— ¿Ha venido desde Atenas?

El hombre se acercó para darle la copa de vino.

—Eso es —dijo levantando su copa de retsina—. Lamentablemente, esta es una visita corta. Mañana tenemos que volver a la oficina.

— ¿Mañana? ¿Tan pronto?

— Pero esa es la razón por la que estás aquí, ¿no? — dijo Nikolas acercándose también—. Esa es la razón por la que te contraté. No te lo estarás pensando mejor, ¿verdad, Paige?

Paige respiró profundamente.

— ¿Y tú?

—No son mis sentimientos los que estamos cuestionando. Yo te ofrecí el trabajo. Pero si la situación no es de tu agrado, siempre puedo buscar a otra.

—Si tienes confianza en mis habilidades, estoy dispuesta a continuar — dijo ella, sabiendo que Yanis los observaba con interés—. ¿Estás contento con la forma en que Ariadne responde a mi presencia? ¿No tienes quejas sobre cómo la trato?

— Haces que parezcas una institutriz dominante — dijo él bromeando—. No eres tan dura.

—No te engañes. Puedo ser muy dura cuando he de serlo. Las apariencias pueden ser engañosas, ya sabes.

—Lo sé —dijo él y recordó que no estaban solos—. ¿Dónde está Ariadne? ¿Y tu hermana? Seguramente ya sabrán que la cena está servida.

—Um, Sophie no va a cenar con nosotros. Dice que... no tiene hambre.

—Es una pena — dijo Yanis —. Me hubiera gustado conocerla. Creo que es más joven que usted. Pero no tan hermosa, ¿isos?

—Es todo piel y huesos —dijo Nikolas—. Por lo menos Paige no parece estar matándose de hambre.

—En otras palabras, que podría perder algo de peso. Gracias, Nikolas. Eso es justo lo que toda mujer desea oír.

—No era eso lo que quería decir. Oh, aquí está Ariadne por fin.

Ariadne había decidido vestirse en serio para esa velada. Llevaba un vestido corto color coral, con un escote muy pronunciado. Se había peinado con un moño y llevaba unos pendientes de perlas. Parecía mayor y más sofisticada y Paige vio como Nikolas abría los ojos con un evidente orgullo y admiración.

— ¡Theos! — exclamó él acercándose—. Estás muy guapa.

— ¿Tú crees? —Dijo la chica recorriéndolo con la mirada—. Tú también.

Nikolas apretó los labios.

—Los hombres no están guapos, pethi. Pero tus padres estarían orgullosos de ti. Como lo estoy yo. Te pareces mucho a Leni a tu edad.

—Me tratas como a una niña, Nikolas —dijo mirando a su alrededor—. ¿Dónde está la hermana de la señorita Tennant?

—Sophie no va a cenar con nosotros hoy —respondió Nikolas —. La señorita Tennant dice que no tiene hambre. Tal vez haya tomado mucho el sol.

—Oh.

Paige se dio cuenta de que eso no le había gustado nada a Ariadne. Estaba claro que su intención había sido impresionar a Sophie.

—Creo que está cansada —dijo Paige—. Me gusta tu vestido. Es muy bonito.

— ¡Bonito! Versace no hace vestidos bonitos, señorita Tennant. Son obras de arte. Creaciones originales de estilo y diseño...

— ¿Es un Versace original? —Preguntó Nikolas con el ceño fruncido—. ¿De dónde lo...?

— ¡Entaxi, entaxi! — dijo Ariadne ruborizándose—. De acuerdo, de acuerdo. Era

de mi madre, muy bien. ¿Estás satisfecho ahora?

—No, no lo estoy. ¿Quién te ha dado permiso para hurgar en las cosas de tu madre? ¿Quién te ha dicho que te puedas poner su ropa?

—No necesito el permiso de nadie —dijo Ariadne, menos segura ahora—. Estaban colgados en la casa de Atenas. Tan bonitos y olvidados... Pensé que a ti no te importaría que me trajera algunos.

Nikolas estaba respirando profundamente.

— ¿No tienes nada apropiado que sea tuyo?

— Por supuesto que sí. Por favor, no te enfades conmigo, agaphitos. Quería estar hermosa para ti.

— ¿Y no lo puedes conseguir sin ponerte la ropa de tu madre? — dijo Nikolas tratando de controlar su enfado—. ¿Qué tontería es esta cuando tienes el armario lleno de ropa? Ya hablaremos más tarde, Ariadne. Me has avergonzado delante de nuestros invitados.

—Tú me has avergonzado a mí... —protestó Ariadne, pero luego se lo pensó mejor y le puso una mano en el brazo—. Lo siento, Nikolas. ¿Me perdonas?

Paige vio a Nikolas dudar y tuvo que contenerse para no recordarle lo maleducada que había sido la chica antes.

—Lo pensaré —dijo él suavizándose—. Ahora ya basta. ¿Quieres un refresco? ¿O prefieres un vino?

— ¿Puedo?

Ariadne lo siguió al bar, pero no antes de dirigirle a Paige una mirada maliciosa. Era evidente que la culpaba a ella por haber sacado el tema.

Esa noche la cena se sirvió en la terraza. Ya estaba oscuro, pero estaba todo iluminado por docenas de velas.

La cena se sirvió estilo bufé, de forma que los camareros no pudieran oír su conversación. Paige pensó que era una suerte que no tuviera mucha hambre, por la abundancia de cosas que engordaban que había allí. Era una pena que Sophie no estuviera, ya que incluso ella se vería tentada por todo aquello. Aunque, conociendo a su hermana, no creía que comiera nada antes de contar las calorías.

Pero seguro que le habría gustado conocer a Yanis. Ella misma le tenía bastante cariño, ya que no la había juzgado como hizo Nikolas. Se había dado cuenta también de que su padre la había utilizado. Fue él quien le organizó la vuelta a Londres hacía cuatro años, quien había comprendido su necesidad de marcharse.

—Por cierto, Ariadne, me marcho por la mañana —dijo Nikolas durante la cena—. Yanis y yo tenemos una reunión en Atenas por la mañana y luego nos vamos a París. Pero podré pasar el siguiente fin de semana con vosotras. Siempre y cuando no haya problemas inesperados, por supuesto.

— ¡Pero eso son casi dos semanas! —dijo Ariadne horrorizada—. ¿Y tengo que quedarme aquí? ¿Sola?

— No te quedarás sola. Tienes la compañía de la señorita Tennant y su hermana.

Os sugiero que utilicéis ese tiempo para conoceros mejor.

—A ti te resulta fácil decir eso. Cuando no estás aquí, me aburro.

— ¿Te aburres? — intervino Yanis —. Debes estar de broma. Ya me gustaría a mí quedarme aquí. ¿Quién no querría cambiar el ruido y la polución de la ciudad por la paz y belleza de esta isla?

—Yo misma. Echo de menos la ciudad, Nikolas. A mis amigos.

— Aquí harás amigos — dijo Nikolas controlando de nuevo el enfado—. Ariadne, quiero que te fortalezcas. Quiero que juegues al squash, al tenis, que nades...

— Yo no soy una atleta. Me gusta ir de compras, al cine. Ir a comer a restaurantes...

—Ya hemos hablado de esto antes. Y ya me he cansado de ello, lo mismo que, supongo, la señorita Tennant. Te sugiero que aproveches lo que puedas. Si no, ya lo organizaré de otra manera en el otoño.

Ariadne lo miró alarmada.

— ¿Qué quieres decir?

—Tal vez otro profesor particular. Si no estás completamente bien. Puede que sea una buena idea que te den clases aquí, en la isla. Como dice Yanis, probablemente esto sea más sano para una chica en edad de crecer.

— ¡No me puedes hacer eso!

— Si me presionas lo suficiente, puedo ser muy desagradable. Y ahora, ¿qué me dices?

— No tengo muchas más opciones, ¿no? — Dijo Ariadne poniéndose en pie—. ¿Me disculpáis?

Nikolas asintió.

—Buenas noches, pequeña —dijo.

Ariadne se acercó y lo besó en ambas mejillas. La hostilidad entre ellos desapareció de repente y Ariadne pareció tan segura como siempre cuando se marchó.

Paige pensó que ella estaba allí para hacer compañía a la chica, no para estar como una invitada. Así que fue a marcharse, pero Yanis dijo:

—Jóvenes... Siempre quieren crecer demasiado aprisa.

Sophie se obligó a sonreír.

—Creo que todos los adolescentes son iguales. Sophie se puso igual cuando supo que veníamos aquí.

— ¿Sí? —Preguntó Nikolas—. No me dijiste eso.

— Bueno... No me pareció relevante. Lo digo ahora para mostrar que Ariadne no es la única en pensar que esta isla puede ser aburrida.

—Tal vez tú lo piensas también.

—Por supuesto que no. Estaba hablando de Ariadne y de Sophie. En cualquier caso, mis sentimientos no están en cuestión aquí, ¿no? —dijo ella repitiendo las palabras de él—. No seas tan susceptible, Nikolas.

El se encogió de hombros.

— ¿Crees que soy demasiado permisivo con Ariadne?

Paige agitó la cabeza.

—Eso no soy yo quien lo debe decir.

— ¿Así que lo piensas?

—Yo no he dicho eso.

— No has tenido que hacerlo. Lo vi en tu expresión cuando hablábamos del vestido.

—Nunca se me ocurriría cuestionar tu comportamiento —dijo ella terminándose su café—. Y ahora, si me disculpáis a mí también...

— ¿No irá a acostarse? — dijo Yanis.

—Eso me temo. Ha sido un placer volverle a ver, Yanis. Espero que nos veamos otra vez pronto.

Yanis asintió.

—Que duerma bien. Esperaré ansioso verla de nuevo cuando vuelva. Y también para conocer a su hermana. Salúdela de mi parte, ¿quiere?

—Lo haré.

Yanis se alejó para servirse otro café y entonces Nikolas le dijo a ella inesperadamente: — ¿Qué crees que me estás haciendo?

Paige, que ya se marchaba, se dejó caer de nuevo en su silla por la sorpresa.

— ¿Perdón?

—Que no contenta con haberme hecho hacer el tonto esta mañana, pareces querer volver a humillarme esta noche.

— ¿Humillarte? No sé de lo que me estás hablando —dijo en voz baja para que Yanis no los oyera—. La verdad era que quería disculparme. Lo que pasó esta mañana...

—Esta mañana no pasó nada. No te imagines ni por un momento que significó nada para mí.

—No me lo imagino —dijo ella, sorprendida por la furia de él—. La verdad es que esperaba que lo hubieras olvidado. Yo... he tratado de hacerlo.

—Seguro que sí. Dime, Paige, ¿tú crees que esto es un juego?

— ¿Un juego? No entiendo.

—Porque, si es así, he de advertirte que solo puede haber un ganador. ¿Crees que tú tienes lo necesario para ganar?

Capítulo 8

A LA mañana siguiente, Ariadne apareció pasadas las diez.

Paige se había levantado antes de que se marchara el helicóptero y se preguntó cómo sería posible que alguien pudiera seguir durmiendo con ese ruido. Pero evidentemente, tanto Sophie como Ariadne lo hacían sin problemas.

Estaba paseando por el patio cuando Ariadne salió de la casa. Llevaba una camisa normal y pantalones cortos blancos, lo que la hacía parecer absurdamente joven y vulnerable.

—Buenos días —le dijo—. ¿Te has dormido?

Ariadne la miró con hostilidad, pero luego dijo como si nada:

—Yo nunca me levanto pronto, a no ser que haya algo que quiera hacer.



—Muy bien. Así que no crees que haya nada que hacer —dijo Paige señalándole la mesa del desayuno—. ¿Quieres desayunar o eso es algo que tampoco consideres importante?

—Oh, ya he desayunado —respondió la chica mirando a la piscina—. Y, al contrario que su hermana y usted, yo no tengo que freírme la piel para tener algo de color. Paige se controló con dificultad.

—¿Dices algo agradable alguna vez a alguien?

Ariadne se encogió de hombros.

—Por supuesto. Cuando vale la pena. Creo que voy a ir a por mi libro.

—No.

Ariadne la miró sorprendida.

—¿No? ¿Perdón?

—Es una palabra muy simple. He dicho no. Que no vas a ir a por tu libro.

—Lo haré si quiero.

—No, no lo harás. Cuando tu protector no está aquí, yo soy responsable de tu bienestar y, a pesar de lo que le dijiste a Nikolas, yo creo que un poco de ejercicio te vendrá bien.

— Si cree que voy a perder el tiempo con esas máquinas del gimnasio...

— ¿Quién ha dicho nada del gimnasio? Creo que un paseo bastará por esta mañana. Pero más tarde me podrás enseñar el gimnasio. Puede que me apetezca usarlo a mí.

Ariadne puso los brazos en jarras.

—Bueno, algunos necesitan más ejercicio que otros.

— Como tú digas. Pero como la que manda soy yo, eso es lo que vamos a hacer.

—No me puede obligar.

— ¿Quieres apostar algo?

— Voy a llamar a Nikolas esta noche y a contarle lo que ha dicho.

A Paige eso no le importó nada, la había amenazado gente más peligrosa que Ariadne.

—Llámalo si quieres. Pero prepárate para una respuesta poco favorable. El me contrató, ¿recuerdas? Tu protector tiene un gran respeto por mis decisiones.

— Yo creía que le dolía la cabeza cuando le daba el sol

«Ya te gustaría», pensó Paige.

— Sobreviviré. ¿Nos vamos?

— ¿Y su hermana?

—Bueno, le preguntaré si quiere venir con nosotras, pero no esperes conteniendo la respiración. Ahora vamos.

Como se había imaginado, Sophie se negó a acompañarlas y dijo que se iba a dar un baño en la piscina.

A Paige no le importó demasiado, ya que estaba decidida a ganarse a Ariadne y eso le sería más difícil con su hermana presente.

— ¿A dónde vamos? —Le preguntó Ariadne—. ¿No será a la playa?

— ¿Por qué no?

— Porque odio la playa. Nunca bajo allí.

— Pero tienes que hacerlo cuando vas a bañarte.

— Lo hago en la piscina. No me gusta la arena. Se te mete por todas partes.

— Si embargo, a mí me encanta la playa. La sensación de la arena deslizándose entre los dedos de los pies. Así que ya puedes dejar esos aires de prima donna. No me puedo creer que te pases meses en un sitio como este sin bañarte en el mar. Una piscina es muy... aburrida.

De repente se le ocurrió una cosa y miró a la chica con el ceño fruncido antes de añadir:

— Porque tú sabes nadar, ¿no?

— Por supuesto que sé nadar — afirmó Ariadne muy digna—. No soy idiota, ¿sabe?

— Nunca he pensado que lo fueras. Ese no es tu problema.

— Yo no tengo problemas. ¿Le ha dicho a Nikolas que los tengo?

— ¿Cómo podría decirle nada sobre ti? Supongo que él te conoce mucho mejor que yo.

— Sí, así es.

Ariadne seguía con su actitud, pero Paige estaba empezando a sentirse más optimista. Por lo menos la chica estaba hablando con ella. Contuvo una sonrisa.

Una vez en la playa, Paige se quitó los zapatos. Había pensado que Ariadne seguiría su ejemplo, pero no lo hizo. En vez de eso, caminó con cuidado por arena mojada.

— ¿Así que vas al colegio en Atenas? —le preguntó Paige.

— Normalmente. ¿Por qué lo quiere saber?

— Por ninguna razón en especial. Supongo que vives con Nikolas durante el curso, ¿no?

— Sí — dijo la chica soñadoramente—. Tiene una preciosa casa cerca de la Plaka. El próximo año se la cuidaré yo.

— ¿No vas a ir a la universidad? Estoy segura de que Nikolas tiene grandes planes para tu futuro.

Ariadne se rió entonces.

— Nikolas sabe lo que yo quiero. Y no es ir a la universidad, señorita Tennant. ¿Ha ido usted a la universidad?

— No, no fui.

Entonces se volvió a mirar al mar y exclamó:

— ¡Mira! Es un windsurfista, ¿no?

— Más bien parece un bote a vela — dijo Ariadne sin mucho interés—. ¿Por qué no fue a la universidad?

Paige se encogió de hombros.

— Mi madre murió cuando yo tenía diecisiete años y mi padre se tomó muy mal esa muerte. A mí no me pareció bien dejarlo solo en esos momentos.

—Pero él tenía a su hermana, ¿no?

— Sí, pero Sophie era solo una niña. El necesitaba a alguien mayor. Alguien que pudiera actuar como su acompañante cuando lo necesitara.

—Como hago yo con Nikolas. Me alegro de que usted se dé cuenta de que, con diecisiete años, ya no soy una niña, señorita Tennant. Creo que Nikolas lo olvida a veces —dijo Ariadne sonriendo de una manera que hizo sentirse mal a Paige—. Pero solo a veces, ¿ohi?

Paige pensó que se lo había buscado. Ariadne aprovechaba cualquier oportunidad para recalcarle la relación tan cercana que tenía con Nikolas.

—Supongo que, en Atenas, tienes montones de amigos de tu edad. ¿Qué haces en tu tiempo libre?

—Eso depende de lo que haga Nikolas ¿Qué hace usted, señorita Tennant? ¿Está aquí porque no hay ningún hombre en su vida?

—Los hay —dijo Paige, decidida a no permitir que esa chica la irritara—. Pero en la vida hay cosas más importantes que los novios, Ariadne. ¿No es este un lugar muy hermoso? Tienes mucha suerte. ¡Y vaya vista!

—No tiene que disimular conmigo, señorita Tennant — insistió Ariadne y a Paige se le tensaron los nervios—. Creo que Nikolas tenía razón. Creo que usted aceptó este trabajo porque la dejó su novio.

Paige se quedó boquiabierta.

— ¿Qué has dicho?

—Se iba a casar, ¿no? —preguntó Ariadne haciéndose la inocente—. Estoy segura de que eso fue lo que dijo Nikolas. Pero sucedió algo y se rompió su compromiso. Es por eso por lo que se quiso marchar de Londres, para poner algo de distancia entre usted y ese hombre que le hizo tanto daño.

A Paige le estaba costando trabajo respirar con normalidad.

— ¿Nikolas te dijo eso?

—Por supuesto. Nikolas me lo cuenta todo, señorita Tennant. Está molesta, pero debe perdonarlo — dijo Ariadne sonriendo casi triunfalmente ahora—. Él ha traicionado su confianza, pero no se preocupe. Yo no le contaré esto a nadie más.

Paige tragó aire. ¿Estaba mintiendo esa chica? ¿Habría hablado Nikolas con ella acerca de las circunstancias de su aceptación del trabajo? No lo creía. Incluso había hecho que Ariadne le siguiera haciendo preguntas personales. ¿Por qué lo habría hecho si pretendía contárselo todo por sí mismo?

Entonces, ¿cómo lo había descubierto Ariadne?

Fuera cual fuese la verdad del asunto, Paige no tenía la menor intención de halagar el ego de esa chica.

— Bueno — dijo tranquilamente—. Debe haber entendido mal.

— ¿Qué quiere decir?

—Bueno, no estaba segura de que él fuera a creer a Martin. Pero está claro que lo ha hecho.

— ¿Martin? — preguntó Ariadne extrañada ahora—. ¿Quién es Martin?

— Creía que lo sabías — afirmó Paige, aliviada de que no fuera así—. Martin es el tipo con el que me iba a casar. Mi padre nos presentó y, por un tiempo, pensé que la cosa iba a funcionar. Pero la verdad era que no teníamos nada en común. Es muy inmaduro, así que fue un alivio cuando rompimos.

Ariadne estuvo pensativa unos momentos y luego dijo:

—Entonces, ¿qué tiene que ver ese Martin con que usted aceptara este trabajo?

—Ah. Bueno, Martin conoce a Nikolas y, cuando supo que él estaba buscando a alguien para venir aquí a Skiapolis contigo, me dio la idea de aceptar el trabajo.

— Pero yo creía...

—La verdad es que lo que creyeras no tiene importancia. Si Nikolas ha querido decirte que me rescató de una situación desesperada, eso es solo su interpretación de los hechos. Lamento que me tengas por una ingrata, pero no puedo permitir que pienses que algún hombre me ha roto el corazón.

Bueno, por lo menos, no ese hombre, pensó Paige, aún molesta por el hecho de que Nikolas le hubiera contado aquello a Ariadne.

Ya casi era la hora del almuerzo cuando volvieron a la casa. Después de comer en el patio, Paige se tumbó a descansar un poco junto a la piscina. Ariadne no era precisamente la mejor compañía, pero por lo menos ya no estaba todo el tiempo preguntándole cosas. De hecho, habían tenido una interesante conversación sobre la música que les gustaba, así que Paige pensó que la chica simplemente no estaba acostumbrada a conversar.

Incluso estaba más agradable que antes.

Pero tal vez fuera porque no la consideraba una competidora. Después de comer, Sophie se había metido en la casa y eso le había puesto las cosas más fáciles a ella. Más tarde salió de nuevo, muy colorada y sudando por el ejercicio. Dijo que había encontrado el gimnasio y que se había quitado las calorías que había comido en el almuerzo.

— ¡Tienes de todo! —exclamó cuando se dejó caer en la tumbona al lado de su hermana—. Deberías usarlo, Paige. Te gustará. Siempre estás diciendo que te gustaría quitarte un par de kilos del trasero.

Paige no recordaba haber dicho eso nunca.

— ¿Es que para ti todo tiene que ver con el peso? ¡Por lo menos yo no soy solo piel y huesos!

—Ni yo. ¡Si que estás susceptible! ¿Qué pasa? ¿Ariadne te anda fastidiando?

Si había algo que no le gustara a Sophie era que la llamaran flaca.

—No...

— ¿Por qué no vas a ducharte? —intervino Ariadne—. No es muy femenino oler a sudor.

— ¿Cómo lo sabes? Dudo mucho que tú hayas hecho algo de ejercicio en tu vida.

—Eres una...

Ariadne no pudo encontrar la palabra adecuada y Sophie se aprovechó de ello.

—Lo único que haces es estar sentada criticando a los demás. Eso cuando no

andas babeando detrás de Petronides, por supuesto. No me extraña que no tengas amigos de tu edad. ¡Vive un poco!

Paige se dio cuenta de que Sophie había destruido cualquier progreso que ella hubiera hecho. No importaba que ella hubiera pensado lo mismo antes. Sophie no tenía derecho a meterse con Ariadne porque se hubiera dado cuenta de que estaba atontada con Nikolas. Como los padres de Ariadne habían muerto, era natural que todo su amor estuviera enfocado hacia su protector.

— Sophie...

Pero Ariadne se le adelantó.

—Yo no... ¿qué has dicho? ¿Babear? Yo no babeo con Nikolas.

—Claro que lo haces. He visto cómo lo miras. ¡Si no fuera tan cómico, sería patético!

— ¡Eso no es cierto! No sabes nada de mi relación con Nikolas. Yo soy su amiga, su confidente. Tu hermana te lo puede decir. No puedes entender lo que compartimos, lo que hemos pasado juntos. ¡Eres una niña! ¿Qué puedes saber tú de un hombre como él?

—Yo diría que casi tanto como tú. Sé realista, Ari. Él no está interesado en ti. Por Dios, podría ser tu padre. Si estás esperando que te vea como algo más que una hija prestada, te vas a estrellar.

—No sabes dé lo que estás hablando —gritó Ariadne y agitaba los brazos mientras hablaba—. Yo no soy una niña como tú, soy una mujer joven. Pronto tendré dieciocho años y, cuando los tenga, estaremos juntos. Juntos, ¿entiendes? El me lo ha dicho. Me ama. Solo está esperando a que sea suficientemente mayor para anunciarlo a todo el mundo. ¡El año que viene me va a hacer su esposa!

Capítulo 9

ERA una tarde preciosa, como todas en la isla. Paige estaba tumbada en la playa viendo el atardecer. Había pasado toda una semana sin

nada notable. A veces Ariadne seguía siendo un incordio, pero Paige sentía una cierta simpatía por ella. Era evidente que era una chica solitaria y que adoraba a Nikolas, lo que no era nada sorprendente, ya que ella misma sabía muy bien que era muy fácil enamorarse de él.

Por otra parte, estaba muy segura de que Nikolas no tenía ni idea de lo que Ariadne sentía por él ni que pensara casarse con ella. Pero fuera como fuese, lo cierto era que ella no tenía nada que opinar en el asunto. Y no cabía duda de que Ariadne sería una esposa ideal.

Pero no para él...

Si esa chica actuara más como Sophie... Oh, no de una forma tan rebelde, sino más a la ligera, como de su propia edad. Cuando fueron al pueblo Agios Petros, cosa que habían hecho un par de veces esa semana, Sophie se había dedicado a flirtear descaradamente con los camareros del café, o con los jóvenes que las silbaron... Con casi todo lo que tuviera pantalones. Sin embargo, Ariadne había permanecido fría e indiferente.

Lo que posiblemente no estaba mal. Seguramente Nikolas no aprobaría que se tomara demasiadas familiaridades con la gente del pueblo.

Como había hecho su padre con ella.

Para cuando conoció a Nikolas, ella ya estaba empezando a saltarse un poco a la torera las restricciones que su padre le ponía a sus amistades.

Se habían conocido en una fiesta en mayo, en Monte Carlo. Nikolas había llegado a la fiesta con su prima, Anna. Cuando los presentaron, Paige no supo que era su prima, pero pensó que eran dos de las personas más atractivas que había visto en su vida y los envidió por su sofisticación.

Por supuesto, su padre la había animado para que hablara con ellos y, dado que Nikolas se mostró muy amigable, le resultó más fácil de lo que había pensado.

Él le contó que no se estaba quedando en el mismo Monte Carlo, sino en su yate, el Athena, que estaba anclado en la bahía. También supo que había dado un par de fiestas en él esa misma semana. No le sorprendió que conociera a mucha gente famosa, ni que su padre estuviera tan ansioso porque fuera aceptada en su círculo.

La velada había sido mágica. Por primera vez, ella se lo pasó realmente bien, habló más de lo que había hecho nunca de su vida y sus ambiciones y Nikolas había parecido realmente interesado por sus opiniones en todo. No fue hasta mucho más tarde que no se dio cuenta de que la había estado utilizando tanto como su padre había pretendido utilizarlo a él.

Al día siguiente recibió un gran ramo de flores en su habitación, con una nota de Nikolas invitándolos a ella y a su padre a cenar con él esa noche en su yate. Su padre se había mostrado encantado y le dio la enhorabuena a ella por conseguirle la oportunidad de hablar con él en privado, pero por una vez, ella no quiso ver esa invitación bajo esa luz.

Pero al principio, Nikolas no pareció sorprenderse de que su padre quisiera hablar de negocios con él, pero atendió a lo que le decía prestando poca atención, y si Paige tuvo dudas de que lo que le interesaba eran los negocios de su padre, no dijo nada. La alternativa era demasiado increíble y, no pensó ni por un momento que Nikolas pudiera sentirse atraído por ella.

Pero entonces su padre se tuvo que volver a Londres con urgencia, así que ella se preparó para no volver a ver a Nikolas.

Pero resultó que no fue así. Cuando su padre lo llamó para decirle que había tenido que interrumpir su estancia, él le dijo que tal vez a Paige le gustaría quedarse unos días más haciendo un crucero por el Mediterráneo. Dijo que, por supuesto, Anna iría con ellos, cosa inútil, ya que ella sabía que su padre estaría encantado de que fuera.

Así que ella se vio instalada en el lujoso camarote de invitados del Athena. Como Nikolas había prometido, Anna se embarcó con ellos, y también su novio, Lukos Panagia, algo que Nikolas no le había contado a su padre.

Recordaba muy bien la primera velada en el barco. ¿Cómo podía olvidarlo, cuando fue el principio de algo tan importante en su vida? Con una cálida brisa ondulando la

superficie del mar y las luces de la costa desapareciendo a lo lejos... Le había parecido un sueño... O tal vez el principio de una pesadilla. Lo que fuera, se sentía increíblemente animada y decidida a pasárselo lo mejor posible.

Habían instalado una mesa en cubierta bajo un toldillo. Era para cuatro, pero solo estaba presente Nikolas, tomándose algo que parecía un whisky.

Él se volvió cuando ella se acercó.

—Pareces nerviosa —le dijo—. ¿Habrías preferido volverte a Londres con tu padre?

—No. Te agradezco mucho que me hayas invitado a pasar unos días en el yate.

— ¿De verdad? Bueno, tal vez yo no quiera tu gratitud. Te he invitado porque quiero que nos conozcamos mejor. Sin la interferencia continua de tu padre.

A Paige se le hizo un nudo en la garganta.

—Estoy segura de que no has querido decir eso —murmuró—. Una noche preciosa, ¿no te parece? ¿Dónde están Anna y Lukos?

El no contestó inmediatamente.

— ¿Por qué no crees que he querido decir que te quiero conocer mejor?

— No tienes que disimular.

—No estoy disimulando, Paige. ¿Por qué das por hecho que no quería que vinieras?

—Yo no he dicho eso. Supongo que podía haberte sido incómodo tener a tu prima y su novio a bordo.

— ¿Crees que te he invitado para igualar las partes?

—Estoy segura de que entiendes lo que he querido decir. Pero de todas formas, te lo agradezco.

— No tienes ni idea — dijo él acercándose—. ¿De verdad crees que te haría eso a ti? ¿Invitarte por conveniencia? Yo no soy tu padre, Paige.

— ¿Qué significa eso?

Pero ella sabía muy bien lo que estaba queriendo decir, pero no podía culparlo por su interpretación de los hechos.

Se sorprendió cuando él le acarició el cabello.

—Vamos a no hablar de tu padre. Por favor, créeme cuando te digo que te he invitado porque quiero pasar un tiempo a solas contigo.

Paige se quedó pasmada.

—Pero Anna y Lukos...

—Están aquí para hacer de carabinas contigo. ¿Crees que tu padre te habría dejado venir si...? Bueno, tal vez sí. Pero yo no.

— Ya lo estás volviendo a hacer —dijo Paige alejándose—. Estoy segura de que le dijiste a mi padre que tu prima nos acompañaría. El no es mi guardián, ¿sabes?

— ¿Y por qué me dices eso? Tú sabes cómo es tu padre, ¿no? Tal vez tengas alguna razón para sospechar que lo que te digo es cierto.

— ¿Cómo te atreves?

— ¿Cómo me atrevo a qué? —dijo él acercándose de nuevo—. Paige, no me

importan sus motivos. No me importa que hayas hecho esto antes. Agradezco que estés aquí ahora. Conmigo.

Paige lo miró alucinada.

— ¿Crees que tengo la costumbre de hacer esto?

— ¿De hacer qué? —dijo él atrapándola con una mano a cada lado de su cuerpo contra la barandilla.

— ¿De parecer como si me dejara sola? ¿De necesitar la protección de alguien? —dijo ella mirándolo horrorizada—. ¿Crees que mi padre lo ha organizado todo?

— Si lo ha hecho, yo se lo agradezco. Relájate, Paige. No te voy a hacer daño. Estoy encantado por tu dulzura y tu alegría de vivir.

Paige agitó la cabeza.

— ¿Pero no por mi inocencia?

El le acarició entonces una mejilla.

— Por eso también. Dulce Paige. ¿Tienes idea de lo adorable que eres?

Paige trató de apartarse de ese contacto.

— Te estás riendo de mí.

— No. Si sigues mirándome con esos ojos voy a empezar a pensar que te doy miedo.

— No me das miedo.

Pero sí se lo daba y él lo sabía. O mejor, él sabía las emociones que estaba despertando en su interior. Lo cierto era que él la excitaba de una forma que no había sentido nunca antes.

Mientras le acariciaba el cuello, él le dijo:

— ¿Me perdonarás por lo que te he dicho?

— ¿Tengo otra opción?

— Todos la tenemos. Tú quieres quedarte conmigo, ¿no?

— ¿Y si no?

Paige contuvo la respiración cuando él bajó la cabeza y le rozó una oreja con la lengua.

— Entonces a mí no me quedará más remedio que obedecer tus deseos. Pero espero que eso no suceda.

Paige le apoyó las manos en el pecho.

— No tienes ningún derecho para acusar a mi padre de jugar sucio.

— Ya lo sé.

— Realmente ha recibido un fax. No quería volver a Londres y dejarme a mí aquí.

— Te creo.

— Entonces, ¿por qué dijiste eso? ¿Por qué me has hecho creer que sospechabas de él? Si papá supiera lo que piensas de verdad, no me habría permitido aceptar tu invitación.

— ¿No? Bueno, mi opinión de tu padre no tiene ninguna importancia. Estoy mucho más interesado en lo que tú piensas de mí.

Mientras tanto, él la seguía acariciando.



—Lo que yo pienso... Por favor, no hagas eso. No soy tonta. No tienes que tratar de ganarme.

Pero entonces pensó que a su padre no le gustaría nada si lo ofendía, así que añadió:

— Hasta esta noche siempre había pensado que eras un hombre muy agradable.

— ¿Un hombre muy agradable? No me siento muy agradable en este momento. Me haces sentirme muy cínico y viejo.

—No eres viejo.

—Tengo treinta y cinco años. Casi el doble que tú. Y, lamentablemente, tengo mucha más experiencia en el mundo.

— ¿Quieres decir que estás más gastado? Ya sabes que las apariencias pueden engañar.

—Oh, ya lo sé. ¿Quién hubiera pensado que una gatita tan tímida pudiera tener unas garras tan afiladas?

— Te estás riendo de mí — le dijo ella mirándolo muy seria.

—Solo un poco —respondió él sonriendo—. Eres tan encantadora que es difícil resistirse. Tal vez si no te pusieras tan seria dejaría de hacerlo. Me resulta difícil hacer el amor con una mujer que se empeña en estar tan seria.

Paige se quedó boquiabierta. No supo qué decir. La mera idea de hacer el amor con él era demasiado increíble para tenerla en cuenta, y el pensamiento de que él se estuviera riendo de ella de nuevo la hizo darse la vuelta repentinamente contra la barandilla.

—Yo...

Buscando un tema de conversación neutral, se fijó en unas luces en el mar y añadió:

— ¿Es eso un barco?

—Como estamos en el mar, seguramente —dijo él volviendo a atraparla entre sus brazos—. No tengas miedo de mí, Paige. Te prometo que no haré nada que te haga daño. Pero te deseo y creo que, a pesar de tus miedos, tú me deseas a mí también.

¡El la deseaba!

A Paige le temblaron las rodillas y se alegró de estar apoyada contra la barandilla. Ahora no estaba de broma; podía sentir los músculos de su pelvis apretándose contra su trasero y la evidencia de que él estaba excitado hizo que se le acelerara el pulso.

Cuando ella no dijo nada, él le apoyó los labios en el cuello y se lo besó muy suavemente.

—Entiendes lo que te estoy diciendo, ¿no, Paige? Tú sabías lo que sentía antes de aceptar mi invitación.

No, pero admitirlo parecería inmaduro. Así que se limitó a levantar un hombro y entonces él le apartó el tirante del vestido con los labios.

— ¿No se van a reunir con nosotros Anna y Lukos? — preguntó tratando de encontrar una salida.

—Todavía no. No hasta mucho más tarde. Olvídate de ellos. Me imagino que tienen cosas mejores que hacer que pensar en nosotros.

Paige se dio cuenta entonces de que él realmente pensaba que ella estaba acostumbrada a eso. Cuando su mano le acarició la cintura y luego subió hasta la parte baja de uno de sus senos, tuvo que contener un gemido. Por muy ignorante del sexo como era, no tuvo problemas en entender las necesidades de su propio cuerpo.

Entonces él la hizo darse la vuelta. Se sintió muy inexperta, pero él conocía todos los trucos, todas las formas de hacer que ella lo deseara. Y, por muy peligroso que fuera, ella no tuvo más remedio que mirarlo a la cara.

Era tan atractivo... El pulso se le aceleró incontrolablemente y él le recorrió el rostro con la mirada. Los labios de ella se entreabrieron provocativamente, invitando a la invasión de su lengua.

Él se inclinó entonces, buscando sus labios, dándole leves besos en la boca. No tenía prisa, mientras que ella estaba ansiosa de que la besara de verdad.

Las manos de ella se elevaron como con voluntad propia, se apoyaron en el cuello de él y lo hicieron besarla de una vez.

—Dime lo que quieres —dijo él.

Pero ella se limitó a apretarlo más todavía, aplastando los senos contra los músculos del pecho masculino.

Nikolas gimió entonces, le puso las manos en la espalda para hacerla pegarse a su cuerpo. El beso se hizo más apasionado, su lengua se deslizó ansiosamente en la boca de ella.

A Paige la invadió entonces una especie de placidez encantadora, haciendo desaparecer cualquier clase de resistencia. De repente se encontró tan cerca de él que podía notar todos sus músculos y el pulsante calor de su excitación apretándole el estómago.

La sangre le hirvió entonces. Las manos de él se deslizaron por debajo del top y se encontraron con que ella no llevaba sujetador. Ningún hombre había estado en una actitud tan íntima con ella y los miedos de antes desaparecieron ante el placer de su contacto.

Él murmuró algo en griego, algo que significaba que era hermosa, que lo creyera cuando le decía que la había deseado desde el primer momento en que la vio. Cuando bajó la cabeza para chuparle los pezones, ella se dio cuenta de que tenía los senos descubiertos, bajo la mirada posesiva de Nikolas. De repente, notó entre las piernas una humedad desconocida hasta ese momento, un charco de calor que le empapó las braguitas.

— Ven — dijo él por fin.

La tomó de la mano y la condujo a su camarote.

— Por mucho que me gustaría hacer el amor contigo en cubierta, no debemos escandalizar a la tripulación. Además, quiero mirarte. Quiero verte la cara cuando finalmente te haga mía.

Paige se dio cuenta posteriormente de que él le había dado la oportunidad de

detenerlo. No lo había acompañado inconscientemente. Ni siquiera tenía la excusa de haber bebido demasiado y que él se hubiera aprovechado de ella. De hecho, de muchas formas, había sido ella quien se había aprovechado de él.

Supuso que se había dejado llevar por su primera experiencia real de pasión sexual. Antes la habían besado otros hombres, algunos de ellos habían querido hacer el amor con ella. Pero ninguno de ellos la había afectado como Nikolas. Ninguno hasta entonces ni desde entonces. Y había tenido suerte de que no hubiera pasado nada más. Por suerte, no se había quedado embarazada.

Por supuesto, Nikolas no había sabido lo inexperta que era ella. Debía ser mejor actriz de lo que pensaba, por la forma en que aparentó tranquilidad cuando él la desnudó.

Lo cierto era que la fascinó ver al maestro en acción. Su único momento de susto fue cuando vio el poder de la excitación de él, pero cuando Nikolas le tomó la mano y la llevó hacia él, lo agarró alegremente, disfrutando de la pulsante vida que podía sentir entre los dedos.

La necesidad de él la había seducido. Con una sensualidad que no había sabido que poseía hasta esa noche, se rindió feliz a sus deseos. Todo lo que él hizo lo consiguió libremente de ella y ella ansió recibir el conocimiento que sabía que solo él le podía impartir.

Pero Nikolas no se lo tomó con prisas, por lo que recordaba. A pesar de su evidente ansia, se había dedicado a explorarle el cuerpo larga y lánguidamente. Incluso le había besado cada uno de los dedos de los pies para seguir luego pierna arriba hasta la sensible piel de la parte interna de los muslos.

Para cuando enterró el rostro en los húmedos tizos de entre las piernas y la torturó con la lengua, Paige se puso a temblar sin poder parar. Nikolas también temblaba, por lo que recordaba. El control férreo que había estado ejerciendo sobre su cuerpo se estaba esfumando.

Pronto descubrió lo inocente que era ella en realidad, pero entonces ya fue demasiado tarde como para que él pudiera hacer nada. Ella había mostrado tanta pasión, tanta insospechada habilidad, que él se había convencido por completo de su experiencia. Pero Paige no pudo controlar el leve grito de dolor cuando él se metió donde ningún otro hombre había estado antes.

El recuerdo aún la afectaba. ¿De verdad que había sido tan inocente como para creer que Nikolas había querido algo más de ella aparte del sexo? Sabía que esa había sido la única vez en su vida en que había confiado en un hombre. Desde entonces, tenía buenas razones para arrepentirse de su credulidad.

Aunque entonces, ella no había tenido ninguna razón para dudar de él. De hecho, Nikolas había sido muy cariñoso y solícito con ella. Aunque hacer el amor con ella no había resultado como se había esperado, el único enfado que mostró fue con él mismo.

Luego hicieron el amor otra vez. Pero solo porque ella le suplicó que lo hicieran. Tal vez también, él había querido dejarla con un mejor recuerdo que el dolor que le había producido el primer encuentro. Fuera cual fuese la razón, esa segunda vez fue

mágica. Ella recordaba que él se había contenido hasta el momento en que ella estuvo lista. Y esa vez no había habido dolor, solo una satisfacción tan intensa que ella lloró por la hermosura de su amor.

#### Capítulo 10

CUANDO su padre volvió inesperadamente de Londres cinco días más tarde, Paige no pudo esperar a contarle sus sentimientos. Nikolas había recibido una llamada de él pidiéndole que desembarcara a su hija en algún punto de la costa que les viniera bien a los dos y Nikolas le había propuesto que se reunieran en El Pireo. También le había sugerido que se embarcara con ellos hasta Skiapolis, donde se podían quedar unos días. Eso dejó a Paige convencida de lo que ella vio como una evidencia de sus propósitos hacia ella.

Pero desde el mismo momento en que su padre se embarcó, supo que algo iba mal. Estaba claro que algo lo preocupaba. También se dio cuenta de que, cuando Nikolas no lo miraba, las miradas que él le dirigía eran bastante malévolas.

Cuando llegaron a la isla, era evidente que su padre no estaba bien. Llevaba años sufriendo migrañas, así que Paige se preocupó bastante.

Al día siguiente, ella y Nikolas... y Yanis, que se había quedado en la isla en ausencia de su jefe, se pasaron la mañana haciendo turismo por la isla. Su padre seguía sintiéndose mal, así que se quedó en la casa. Pero Paige tenía sus propias ideas de por qué no había ido con ellos. Se dijo a sí misma que, si él tuviera alguna razón para no confiar en Nikolas, no la habría animado a ir con él. Y le resultó difícil no disfrutar de la excursión con aquellos dos hombres cuando Nikolas le había dejado tan claro que la consideraba algo especial.

Después de almorzar, Nikolas y su ayudante se fueron a atender unos negocios importantes y Paige y su padre se instalaron junto a la piscina, a la sombra. Su padre ya no parecía tan tenso e, incluso, estaba animado.

Incluso la sonrió.

Debió darse cuenta entonces de que esa era la sonrisa que él ponía cuando quería algo de ella. Desde la muerte de su padre, ella había llegado a la conclusión de que a él nunca le habían importado sus sentimientos en absoluto.

Empezó diciéndole lo mucho que le gustaba que se estuvieran llevando tan bien Nikolas y ella. Que él le había confesado que estaba interesado en ella y que eso lo tenía un poco confundido, ya que no había logrado convencerlo para que invirtiera en lo que tenía planeado.

Dependía de ella para convencerlo, le dijo sin dejar de sonreír. Era evidente que Nikolas haría cualquier cosa por ella si se lo pedía. Y si seguía poniendo pegos, ella debería convencerlo por cualquier medio a su alcance.

Paige se quedó helada. La idea de que su padre le sugiriera que se acostara con Nikolas para conseguir alguna ventaja de él, la horrorizaba. Demasiado tarde, recordó los comentarios que Nikolas había hecho hacia su padre y su reacción a ellos. De repente le parecieron muy válidos e, incluso, la seducción de Nikolas se había visto teñida por la sospecha de que él había sabido desde el principio las intenciones de su

padre.

Al principio, ella hizo como si no lo entendiera, pero no había error posible: su padre esperaba de ella que utilizara toda su influencia para conseguir lo que quería. Y, cuando Paige le confesó lo que había sucedido, él la llamó tonta y traidora, lo que destruyó cualquier duda que le quedara.

El horror de ese día todavía la deprimía. Lo que había atesorado como un don, se había transformado en una carga. No tenía a dónde ir. Nadie en quien apoyarse. Solo supo que tenía que marcharse sin ver de nuevo a Nikolas.

Entonces fue cuando Yanis fue en su rescate. La encontró en una esquina del jardín, tratando de entender lo que había averiguado. No le había hecho ninguna pregunta, pero cuando le vio la cara, probablemente asumió que la culpa era de Nikolas. En cualquier caso, consiguió que un barco la llevara a la cercana isla de Mykonos y de allí, un vuelo que la devolviera a su país.

Su padre fue tras ella. Estaba claro que se daba cuenta de lo abominablemente que se había comportado y se pasó el resto del verano tratando de hacer las paces con ella. Culpó a Nikolas de su comportamiento, por supuesto, acusándolo de hacerle falsas promesas como forma de conseguirla. Él nunca tuvo la intención de invertir en sus proyectos y, cuando pasaron las semanas y Nikolas no trató siquiera de ponerse en contacto con ella, Paige llegó a la dolorosa conclusión de que su padre tenía razón.

Su único consuelo era el hecho de no haber esperado a que fuera Nikolas el que la echara de la isla. Estaba segura de que eso le habría gustado mucho. No estaba acostumbrado a que las mujeres lo utilizaran y el que ella se marchara debió irritarlo enormemente. Tal vez fuera esa la razón por la que él se había apresurado a aprovechar la posibilidad de devolvérsela contratándola como su empleada.

Si era así, eso explicaría por qué se había enfadado tanto la mañana en que la besó. A pesar de sí mismo, debía quedarle un poco de atracción sexual hacia ella, después de todo. Aunque no es que eso le supusiera alguna ventaja a ella, sintiendo lo que sentía por él. Hasta que no lo había vuelto a ver, no se había percatado de lo profundas y abiertas que seguían sus heridas.

Ya era de noche y el agua le había mojado las ropas, así que, como ya no tenía importancia, se metió en el agua para ver si esos recuerdos se enfriaban.

El agua le llegaba ya por el cuello y pensó en la gracia que le haría a Nikolas si la pudiera ver en ese momento.

— ¡Perimeno! ¡Paige! ¡Por Dios, vuelve atrás!

Ese grito la detuvo. Venía de la orilla. Se volvió y lo único que pudo ver fue una figura oscura haciéndole señas. A la luz de la luna, vio que se trataba del hombre al que menos quería ver.

Tembló y, por primera vez, se dio cuenta de lo fría que estaba el agua. O tal vez fuera el vestido mojado. Fuera cual fuese la razón, no le quedó más remedio que volver atrás.

—Vuelve a la orilla —gritó cuando él se metió en el agua.

Mientras caminaba hacia la orilla, se preguntó qué estaba haciendo él allí. El ama

de llaves había dicho que no lo esperaban hasta dentro de tres días. Ella nunca se habría tomado esas libertades si sospechara que él la podría ver.

Cuando llegó a su lado, la agarró de la muñeca y tiró de ella hacia la playa.

— ¿Estás loca? ¿Qué estabas tratando de hacer? ¿Suicidarte?

Paige tembló y le dijo:

— Por supuesto que no.

— ¿No? Paige, te he visto. Estabas a punto de hundirte en el agua. ¡Nadie se baña completamente vestido!

— No me iba a bañar —protestó ella deseando haberse llevado una toalla—. Yo... estaba chapoteando en la orilla y perdí pie.

Nikolas frunció el ceño.

— Paige, estás hablando conmigo. Nadie chapotea a estas horas de la noche. Además, tú no haces esas cosas.

— ¿Por qué crees que tienes derecho a decirme lo que tengo que hacer o no? Si quiero bañarme por la noche, eso es cosa mía, no tuya.

— No mientras estés aquí. Mientras vivas aquí, eres mi responsabilidad. Por Dios, Paige, dime que esto ha sido un error.

Mientras hablaba, él le puso la chaqueta sobre los hombros, cosa que ella agradeció.

—Estoy mojada —dijo.

—Ya lo sé —respondió él mirándola de arriba abajo de una forma que hizo que a ella se le pasara el frío.

—Tu chaqueta se va a estropear.

— ¿Crees que me importa? Theus, Paige, estaba en lo alto del acantilado cuando te vi. Nunca he bajado tan rápido esas escaleras.

— Pero podías haberte caído.

—Sí. ¿Importa eso?

— ¡Por supuesto que importa! ¡Podrías haberte matado!

— ¿Te habría importado a ti? —le preguntó él acariciándole el cuello—. ¿O habrías dicho que me lo merecía? Tal vez te hubiera producido placer asistir a mi funeral.

—No bromees con esas cosas. En todo caso, ¿qué estás haciendo aquí? Creía que no ibas a volver hasta el fin de semana.

— Cambié de opinión.

Nikolas se quitó entonces la corbata y ella se dio cuenta de que debía haber ido directamente a la playa, ya que llevaba la misma ropa con la que debía haber vuelto de Atenas. No había oído el helicóptero, pero siempre iba por el otro lado de la isla. Además, en la playa solo se oía el romper de las olas.

—Menos mal que lo hice —dijo él—. Si no hubiera estado aquí...

—Habría tenido que pasarme sin este gesto galante —dijo ella al tiempo que le devolvía la chaqueta—. Lamento haberla mojado, pero ya te lo advertí.

— Quédate con ella, yo no la necesito.

—Ni yo — mintió ella—. Te agradezco tu preocupación, pero soy perfectamente capaz de cuidar de mí misma.

— ¿Sí? Pero no me has perdonado, ¿verdad? No has olvidado lo que dije antes de marcharme.

— Ah, ¿te refieres a cuando me acusaste de provocarte? Bueno, la verdad es que no he pensado mucho en ello, si es eso lo que crees — dijo ella, aparentando indiferencia.

Nikolas le agarró entonces un brazo.

—No debería haber dicho lo que dije. Paige, a veces creo que estás tratando de destruir mi paz mental.

— ¿Tu paz mental? ¿Así que todo esto tiene solo que ver contigo, no conmigo? —dijo ella mirando la mano que la agarraba—. Creo que deberías soltarme.

—Yo también lo creo.

Pero no lo hizo, y se dedicó a acariciarle el brazo de una manera que hizo que a ella la invadiera un calor interno que se fue expandiendo por todo su cuerpo y se ruborizó fieramente.

Cosa que, por suerte, él no podía ver. Pero eso no evitó que ese contacto siguiera despertando la pasión en su interior.

Algo que ella no podía permitir que sucediera. Supo que tenía que parar aquello antes de perder por completo la cabeza.

—Déjame, Nikolas —dijo sin muchas esperanzas de que él le fuera a hacer caso—. Será difícil justificar tu comportamiento ante Ariadne.

— ¿Ariadne? ¿Y por qué iba a tener que justificar yo ante ella lo que hago?

—Bueno, le has contado todo, ¿no? Incluso la razón por la que yo he aceptado este trabajo. ¿Por qué habré sido tan tonta como para creerme todo lo que me dijiste?

—No creo...

—Oh, yo sí. ¿Cómo lo dijo Ariadne? Ah, sí. Dijo que le contaste que solo me habías ofrecido el trabajo porque sentías lástima por mí.

— ¡Iseh trelos!

Nikolas empezó a maldecir en griego y, a pesar de que ella no conocía las palabras, lo entendió bastante bien por la forma de decirlas.

—No lo puedes negar. Ella me lo ha contado todo. Al parecer, yo estaba desesperada por poner algo de distancia entre el hombre que me ha dejado y yo.

— ¡Then ineh alithia! ¡ Eso no es cierto! — exclamó Nikolas furiosamente.

—Pero lo es, ¿no? Ella no estaba mintiendo, a todos los efectos.

—No consiguió esa información de mí. Por Dios, Paige, ¿qué clase de hombre te crees que soy?

Paige agitó la cabeza.

— ¿Así que ahora me estás llamando mentirosa a mí?

— No. Debes haber malinterpretado...

—¿Qué había que malinterpretar? Supongo que creíste que Ariadne era

demasiado educada como para traicionar tu confianza, pero te equivocaste. Le produjo un gran placer humillarme.

—Estás exagerando.

—¿Sí? Bueno, una vez más vamos a tener que admitir que estamos en desacuerdo, ¿no? Y ahora, si me disculpas, me gustaría quitarme esta ropa húmeda

Capítulo 11

A LA mañana siguiente, al parecer, Nikolas tenía tan pocas ganas de verla a ella como ella a él. Supuso que pasó parte de la mañana con Ariadne, ya que el resto se lo pasó encerrado en su despacho y comió solo con Yanis allí dentro.

La suposición de que había pasado un rato con Ariadne estaba basada en que, en un momento dado, la chica desapareció sin ninguna razón aparente y, cuando volvió, estaba tan presumida como siempre. Si Nikolas la había regañado por su indiscreción, se le había pasado enseguida.

Paige, por su parte, seguía intentando mejorar su relación con Ariadne. A pesar de que seguía habiendo algo en la chica que no le gustaba, habían llegado a un nivel de comunicación que le hacía más fácil el trabajo.

Por otra parte, sorprendentemente, Sophie parecía estar contenta. Estaba lejos de las influencias indeseables de Londres y, a pesar de que la mayor parte de las noches no bajaba a cenar, no parecía estar perdiendo peso.

Pero una noche, una semana después de la vuelta de Nikolas a la isla, Paige descubrió el secreto de su hermana.

A pesar de lo poco que le apetecía encontrarse con Nikolas, Paige seguía bajando a cenar. Ella y Ariadne, ocasionalmente Yanis también, compartían una mesa en el patio. Ariadne a veces se pasaba de digna con Yanis y Paige sospechaba que consideraba humillante cenar con un empleado. Pero Paige le dijo que ella también lo era y que Yanis se merecía tanto respeto como el que más.

Así que Ariadne se vio forzada a pasar por ello. Además, Yanis era divertido y tenía un montón de historias que contar.

Así que raramente subía a su habitación antes de las diez o las once. Como suponía que Sophie se había acostado mucho antes, nunca la molestaba.

La noche en que descubrió lo que estaba haciendo Sophie, Paige había cenado sola. Ni Yanis ni Ariadne habían aparecido, así que pensó que estarían cenando juntos. Por supuesto, era posible que hubieran salido fuera. Sabía que Nikolas tenía amigos en la isla. Así que solo eran las nueve cuando terminó de cenar y decidió ver si Sophie seguía despierta.

Sentía ganas de tener compañía, así que llamó a la puerta de su hermana y, cuando no respondió, la abrió. Estaba vacía. Sophie no estaba por ninguna parte. Paige salió y miró arriba y abajo por el pasillo, pero su hermana había desaparecido. Casi podía pensarse que estaba sola en la casa.

Trató de tranquilizarse, cerró la puerta del cuarto de su hermana y se dirigió al suyo propio.



Tenía que haber una explicación lógica a eso. Seguro que Sophie debía estar en algún lugar de la casa. A no ser que hubiera ido a dar un paseo.

De repente se quedó helada cuando se le ocurrió una posible explicación. ¿Y si Sophie se hubiera dedicado a salir por ahí todas las noches? ¿Y si hubiera encontrado un camello en la isla? ¿Alguien que le pudiera proporcionar drogas?

¡Paris!

El nombre del joven se le ocurrió inmediatamente. Por lo que ella sabía, Sophie no lo había vuelto a ver desde su llegada a la isla, ¿pero y si no había sido así? ¿Y si habían quedado?

Suspiró.

¿No se estará pasando? Solo porque Sophie no estuviera en su habitación no significaba que anduviera drogándose por ahí.

Se asomó a la ventana y vio las luces del pueblo a lo lejos. A unos dos o tres kilómetros por lo menos. Demasiado para que Sophie fuera andando. Y, a pesar de la idílica reputación de la isla, demasiado peligroso.

No podía haber ido allí, pensó. A Sophie podía gustarle salir, pero no si lo tenía que hacer andando. Y como no sabía conducir, no podía haber tomado uno de los coches de Nikolas. No, tenía que estar en la casa. ¿Pero dónde?

Decidió que iba a esperarla. Sophie tendría que volver y, cuando lo hiciera, Paige pretendía exigirle explicaciones por haberla asustado de esa manera. Si pensaba salir de su habitación, ¿por qué no le había dicho a dónde iba?

Decidió esperarla en su cuarto, así que salió al pasillo. Allí oyó unas voces en el descansillo de arriba de las escaleras y corrió hacia allí antes de darse cuenta de que hablaban en griego. Se detuvo en seco cuando vio que se trataba de Nikolas y Ariadne, compartiendo lo que parecía un abrazo íntimo. La chica estaba en sus brazos, con la cara apoyada en su pecho y Nikolas la estaba acariciando y consolando.

Paige agradeció llevar zapatos de suela de goma y se apretó contra la pared, esperando que no la hubieran visto. Evidentemente, ese no era el momento más apropiado para preguntarles si habían visto a su hermana, aunque verlo a él así con Ariadne había sido todo un shock que le recordó todas las cosas que la chica le había dicho. No tenía ningún derecho a interrumpirlos. Después de todo, tal vez fuera cierto que él quisiera que su protegida terminara siendo su esposa.

Pero aquello era demasiado y le dieron arcadas. Primero Sophie y luego eso.

Entonces Nikolas la vio.

—¿Paige? —preguntó apartando a Ariadne—, ¿te pasa algo?

—Yo... no.

—¿Por qué estás tan pálida?

Nikolas bajó hasta ella y añadió:

— Me lo puedes decir. ¿No te encuentras bien?

—Oh...

— ¡Nikolas! —dijo la petulante voz de Ariadne—. ¿Qué pasa? Creí que te ibas a ir a la cama.

—Vete tú, Ariadne.

—Pero Nikolas...

—He dicho que te vayas a la cama. Ya hablaré contigo por la mañana, pethi. Kalinihta sas.

Paige deseó marcharse, pero él había apoyado un brazo contra la pared, impidiéndole el paso.

Ariadne se marchó de muy mala gana. Paige estuvo segura de que quería saber qué pasaba. Lo que era otra razón para no confiar en Nikolas. No iba a darle más munición a Ariadne para que la usara contra ellas.

—¿Y ahora? Estamos solos, así que tal vez quieras contarme qué te pasa. ¿Me estabas buscando? ¿Has oído mi voz cuando consolaba a Ariadne? Hoy es el aniversario de la muerte de sus padres, estaba triste y por eso la he llevado fuera a cenar. Esta es mi explicación. ¿Quieres tú satisfacer mi curiosidad ahora?

—No quería hablar contigo —dijo ella—. Yo... Estaba buscando mi habitación.

—Estoy seguro de que sabes muy bien dónde está tu habitación. Vas a tener que hacerlo mejor si esperas que te crea.

— No me importa si me crees o no. Estoy cansada. Si no te importa, me voy a mi habitación.

— Pero si no sabes dónde está — dijo él riéndose—. Ven, te llevaré. Es por aquí.

Le indicó el pasillo que Ariadne había seguido momentos antes, pero cuando fue a hacer que ella le precediera, se negó.

—Mi habitación está por ahí — dijo señalando hacia atrás—. Muy bien, no la estaba buscando. ¿Puedo irme a la cama ahora?

— Si no estabas buscando tu habitación, ¿qué buscabas? Deja que me lo imagine. A Sophie. ¿Me equivoco?

—¿Cómo...? Muy bien, no está en su cuarto. Creo que debe haber bajado abajo.

—¿Abajo?

—La verdad es que no sé dónde está. Tal vez haya querido beber algo.

—¿Le has preguntado a Kiria Papandreiu?

—No.

—Entonces vamos a hacerlo. Sígueme, seguro que está levantada.

—No es necesario — murmuró Paige mientras bajaban las escaleras juntos—. ¿No temes que Ariadne se pueda preguntar qué está pasando?

—Voy a contestar esa pregunta como se merece. Ariadne es mi protegida, no mi guardiana.

—Si tú lo dices... —dijo ella tratando de ocultar su alivio.

—Lo digo. Ahora vamos a ver si mi ama de llaves sabe algo de tu hermana. Si no es así, vamos a tener que volver a pensar en algo.

El apartamento del ama de llaves estaba cerca de la cocina, un edificio muy bonito y de estilo griego, con las paredes encaladas.

La mujer los recibió envuelta en una bata. Como Paige se había imaginado, dijo no saber nada de Sophie. Nikolas le habló en griego para ahorrar tiempo, así que ella solo

pudo entender algunas palabras. Luego, cuando se marchaban ya, la mujer le dijo a él algo inaudible al oído. Nikolas frunció el ceño y volvieron a la villa.

Tan pronto como llegaron de nuevo a la cocina, Paige le preguntó:

—¿Qué pasa? ¿Qué te ha dicho?

—Ella cree que tu hermana puede haber ido a Petros. Si es así, la encontraré. Vete a la cama, agaphita. Haré que mañana ella te lo cuente.

—¿A Petros? ¿Se ha ido a Agios Petros? Todos sus temores se reafirmaron cuando Nikolas asintió.

—Es posible. ¿Quieres beber algo para que te ayude a dormir?

—¿Beber? ¿Crees que me puedo acostar sin saber dónde está o lo que está haciendo? Sophie no conoce el lugar y le puede haber pasado cualquier cosa.

—Creo que no. Es posible que esta no sea la primera vez que lo hace.

—¿Qué quieres decir? ¿Qué más te ha dicho Kiria Papandreu?

Nikolas suspiró.

—Tal vez me equivoque. Mira, si no te vas a acostar, te sugiero que te quedes aquí. Yo volveré tan pronto como pueda.

— Voy contigo. No tengo ninguna intención de permitir que vayas solo.

—¿Aunque yo no quiera que lo hagas? Mira, llevo mi teléfono móvil. ¿No crees que sería más inteligente si uno de los dos se queda aquí por si vuelve?

Paige se dio cuenta de que él tenía razón. Pero la idea de quedarse allí sola era poco apetecible.

— ¿Tienes idea de dónde pueda estar?

Nikolas se encogió de hombros.

—Puede que en alguna de las tabernas cerca de la plaza. Ahí hay música y alcohol. ¿Es eso lo que te preocupa? ¿Que puede que Sophie esté bebiendo sin tener la edad?

—Bueno... sí —murmuró ella—. Me gustaría saber cómo ha ido, si es que está en el pueblo.

—Ah. Bueno, puede que también tenga la respuesta a eso.

— Um... Kiria Papandreu me ha dicho algo de una moto. ¿Conoce Sophie a alguien con moto?

— Solo a Paris, quizás.

De repente ella vio cómo se oscurecía la expresión de Nikolas.

—¿Paris Gavril?

—No conozco su apellido. Es el joven que enviaste al Pireo a por nosotras.

— Yo no envié a ningún joven a recogeros — dijo él, evidentemente molesto—. Yo se lo pedí a Michaelis Gavril. Paris es su hijo menor.

Capítulo 12

OH —dijo Paige—. Bueno, solo se me había ocurrido. Puede que él no tenga nada que

ver.

—¿Aún cuando tenga una Suzuki? —preguntó él irritado—. ¿Y crees que Sophie

pueda estar con él?

—Bueno, puede. Parecieron caerse bien en el barco. Lo siento.

—No es culpa tuya. Tú no tenías por qué saber que Sophie iba a caer bajo los encantos, muy practicados, de Paris. Me pregunto si su padre sabe lo que está pasando, aunque lo dudo.

Sophie se sintió mal.

— Sophie no es tan inocente, ¿sabes?

— Al contrario que su hermana. Gracias, Paige, pero no necesito que me recuerdes eso. No había olvidado nuestras experiencias, te lo aseguro. Pero tal vez eso explique por qué le gusta Paris, ¿no?

—No he querido decir...

—Por supuesto que no. Bueno, pero volvamos al asunto en cuestión. Dime, ¿Sophie ha hecho algo parecido antes?

—¿Como qué? Es una adolescente, Nikolas. Y los adolescentes hacen estas cosas. O las hacen si creen que tienen algo en contra del mundo.

—¿Algo en contra del mundo?

—Oh, ya sabes. El hecho de que nuestro padre muriera sin hacer previsiones para su futuro.

—Ni para el tuyo.

Nikolas le puso entonces una mano bajo la barbilla y la hizo mirarlo.

—¿Realmente mereció la pena?

—¿Qué? No sé de lo que me estás...

— Me refiero a negar el que pudiéramos tener un futuro juntos. Sé que tu padre se enfadó conmigo por fastidiarle sus planes, pero yo creía que tú eras distinta a él. ¿Estaba equivocado? ¿Habías sido su cómplice desde el principio?

— ¡Estás loco! —dijo ella apartándose—. No sé por qué sacas esto a relucir ahora. Sophie ha desaparecido y yo me estoy volviendo loca.

—Lo mismo que yo. Y tienes razón. Ahora no es el momento de hablar del pasado. Pero ese momento llegará, Paige, tenlo por seguro. No tengo la menor intención de dejar que te marches de aquí sin decirte exactamente lo que dijo tu padre. Y ahora, el número de mi móvil está en la biblioteca. Si ella vuelve antes que yo, llámame.

—Lo haré —dijo siguiéndolo hasta la terraza.

Entonces, porque él era Nikolas y porque, a pesar de cualquier cosa que él dijera, seguía importándole, añadió:

—Cúidate.

Él sonrió levemente.

—Lo haré

Luego se dirigió al todo terreno que había aparcado fuera y arrancó.

— Trata de no preocuparte — añadió.

El coche empezó a moverse, pero antes de que recorriera unos metros, Paige oyó el inconfundible sonido de una moto. Nikolas debió oírlo también porque paró el coche y apagó las luces.

Paige cerró la puerta tras ella para que las luces del interior no revelaran su presencia, pero no fue necesario, ya que la moto se metió entre los árboles.

Nikolas salió del coche y le dijo:

—Van a ir por detrás de la casa —dijo al tiempo que se dirigía hacia allí—. Tú espera aquí.

Paige esperó hasta que él se fundió con la oscuridad y luego entró de nuevo en la casa para dirigirse a la parte trasera. Como todo estaba a oscuras, gritó sorprendida cuando se dio de bruces con una figura de negro.

—¡Suél...! ¡Paige!

El alivio que sintió ella se vio rápidamente reemplazado por el enfado, la agarró por los hombros y la agitó airada.

—¿Dónde has estado?

Ni siquiera se dio cuenta de que Sophie llevaba su camisa y vaqueros negros, una ropa que, normalmente, su hermana no se habría puesto jamás, pero que, evidentemente, era mucho más apropiada para ir en moto que sus habituales minifaldas.

—¿Desde hace cuánto que estás haciendo esto?

—Ahora no, Paige —dijo Sophie mirando agitadamente por encima del hombro—. Ya hablaremos por la mañana, ¿de acuerdo? Ahora no.

—¿Por qué no ahora? ¿Para que puedas tener tiempo de pensar una buena excusa con la que justificar que no estés en tu cuarto? Se acabó el juego, Sophie. He visto la moto de Paris. Así que no trates de negarlo.

Si hubiera tenido dudas sobre la interpretación de Nikolas, se le habrían quitado al ver la cara de su hermana.

—¿Cómo has...? Mira, de acuerdo, he estado saliendo con Paris. Pero creo que nos ha visto alguien más —dijo volviendo a mirar sobre el hombro—. ¿Por qué no nos vamos de aquí antes de que él saque conclusiones y venga a por nosotras?

—¿A por nosotras? No se trata precisamente de «nosotras», Sophie.

—Muy bien. Como quieras. ¿Pero cuánto tiempo crees que durarás en este trabajo si Petronides descubre que me he estado escapando todas las noches para salir con uno de sus empleados?

—Petronides ya lo sabe —dijo Nikolas apareciendo por detrás de Sophie—. Acabo de tener una conversación muy interesante con tu... ¿cómo se dice? Con tu cómplice.

Sophie se soltó de Paige.

—Ah, ya lo tengo —dijo mirándolos a los dos—. La banda de dos¿. O debería decir de tres? Ya sabía yo que no podía confiar en que esa zorrilla no dijera nada.

Paige se quedó pasmada por la sorpresa y fue Nikolas quien habló.

—¿Quieres decir que Ariadne sabía esto? No. No puede ser.

—¿Eso cree? —dijo Sophie de nuevo en actitud desafiante—. Bueno, pues así es. Su habitación da al olivar donde nosotros... bueno, donde me suele dejar Paris. Una noche ella me estaba esperando cuando entré en la villa.

Paige estaba horrorizada.

—¿Y qué dijo?

— ¿Tú qué crees? Yo hubiera dicho que estaba celosa, pero resultó que ella tiene algo con él, ¿no? — dijo señalando a Nikolas—. Me lo contó todo. Son amantes. O eso es lo que dio a entender.

Paige contuvo la respiración.

—Sophie...

—Es cierto, Paige. ¿Por qué te crees que accedió a no contarte lo que yo estaba haciendo? Me dijo que, si yo dejaba de meterme con ella y su relación con él, mantendría la boca cerrada. Pero ahora...

—Ariadne no nos ha dicho nada —dijo Paige mirando incrédula a Nikolas—. ¿Es esto cierto?

— ¿De verdad que lo crees? — preguntó él a su vez.

— ¡Por Dios, Paige! —dijo Sophie—. ¡Claro que lo es! Ella me contó todos los detalles sórdidos. Llevan años así. No dejes que él te engañe solo porque temas perder el trabajo.

— Yo no temo perder el trabajo — afirmó Paige sin dejar de mirar a Nikolas —. Creo que deberías irte a la cama, Sophie. Ya hablaremos de esto por la mañana.

—No —intervino de nuevo Nikolas—. No, Paige. Quiero que ella oiga lo que tú crees realmente. Ahora. No por la mañana. ¿De verdad crees que estoy teniendo una relación con mi protegida?

Paige respiró profundamente.

— Yo... no lo habría pensado.

—Estás loca —dijo Sophie—. Deberías haber oído lo que ella me dijo. Me contó todo lo que hacen en la cama.

Paige suspiró.

— Sophie, cualquiera se puede inventar cosas así.

—Muy bien, entonces, ¿por qué no se lo preguntas a ella? Iré a despertarla. Eso es, si es que está dormida —dijo Sophie mirando a Nikolas—. Pero eso lo sabe usted mejor que yo.

— ¡Sophie!

— Se lo voy a preguntar yo mismo — dijo Nikolas—. Pero no esta noche. Por la mañana. Contrariamente a lo que tú crees, Sophie, yo no sé nada de las costumbres de cama de Ariadne.

— ¡No me diga!

— Sí, lo digo —respondió él y se le notaba mucho que se le estaba acabando la paciencia—. Pretendo llegar hasta el fondo del asunto. Y hablar con Ariadne es lo menos que pienso hacer.

—Me gustaría estar presente en esa entrevista — dijo Sophie.

Para sorpresa de Paige, Nikolas asintió.

—Lo estarás. Estaréis las dos. Podéis contar con ello.

— Sí, bueno. Después de que le haya dicho lo que tiene que contar.

—No tengo ninguna intención de hacerlo. Y espero que tu hermana sepa que yo soy un hombre honorable. Cuando los padres de Ariadne se mataron y me nombraron su protector, yo era muy consciente de que, cuando creciera, tendría que hacer algunos arreglos. Fue por esa razón por lo que le pedí a Paige que viniera a hacerle compañía, aunque sé muy bien que las carabinas no están de moda en la actualidad.

Paige agitó la cabeza.

—Esto no es necesario, Nikolas —murmuró—. A mí no me tienes que justificar la situación.

Luego se dirigió a Sophie y añadió:

—Yo le creo, Sophie. Sé que no está mintiendo. Y no quiero oír más acusaciones por tu parte.

Sophie puso una expresión sarcástica.

—¿Lo sabes? ¿Cómo lo sabes?

—Lo sé.

Sophie parpadeó y entonces pareció comprender.

—¿Quieres decir...? ¡ Cielos! Así que se trata de esto. Tú también estás teniendo un lío con él.

— No seas ridícula.

— La verdad es que tu hermana y yo tuvimos un... lío hace cuatro años —intervino Nikolas—. Tu padre y ella fueron mis invitados aquí y en mi yate. No estoy seguro de que ella quiera que sepas esto, pero así es. Creo que podríamos decir que me conoce..., íntimamente.

Sophie se quedó boquiabierta.

— ¡No me lo puedo creer!

—¿Qué no te puedes creer?

—Esto. Todo. Paige no me ha contado nunca nada de esto.

—¿Y por qué lo iba a hacer? Vuestro padre no aprobó la relación y Paige fue incapaz, o no quiso, contrariar sus deseos.

—¿Me está diciendo que papá lo sabía?

—Lo supo después. Te puedo decir de buena tinta que no le gustó. Desafortunadamente, Paige y yo tuvimos poco tiempo para conocernos el uno al otro antes de que ella abandonara la isla. Yo traté de localizarla después de que volviera a Londres, pero ella nunca me devolvió mis llamadas.

¿Sus llamadas?

Fue Paige entonces la que puso cara de sorpresa. ¿Qué llamadas? Deseó preguntárselo, ya que nunca había recibido ninguna llamada de él.

—Supongo que, como vuestro padre, ella me culpaba de lo que sucedió —continuó Nikolas—. Admito que mi comportamiento entonces no fue como para que mereciera su confianza.

Sophie agitó la cabeza.

—¿Fue por eso entonces por lo que le ofreció el trabajo?

—No —afirmó él sorprendiendo de nuevo a Paige—. Se lo ofrecí para ayudar a

una amiga.

—¡Una amiga!

— Sí, una amiga. Yo sabía que ella nunca me pediría ayuda, por muchas dificultades que estuviera pasando después de la muerte de vuestro padre.

—¿Sabía eso?

—No era un secreto. En mi país, en momentos difíciles, tratamos de ayudarnos los unos a los otros. Ofrecerle el trabajo a Paige solo era mi manera de pagar mi deuda con el pasado.

Sophie la miró entonces a ella.

—Así que era por eso por lo que estabas tan ansiosa por venir aquí — dijo acusadoramente —. No era por mí.

Paige no recordaba haberle dicho nunca a su hermana que estaba ansiosa por ir allí, pero sabía que no era el mejor momento de decírselo. Sophie estaba disparada y no se podía saber lo que podía decir a continuación.

Nikolas le preguntó entonces a Sophie:

—¿Por ti?

— Sí, por mí. A ella no le gustaba la gente con la que yo estaba saliendo en Londres. ¿No le ha contado por qué tenía tantas ganas de que nos fuéramos de allí? Tenía miedo de que yo me convirtiera en una drogadicta. Y solo porque una fisgona tía nuestra encontró un gramo de heroína en el cajón de mi ropa interior.

### Capítulo 13

A LA mañana siguiente, Paige ya se había servido el desayuno cuando apareció Sophie, muy seria y con cara de sueño.

Agradeció que no estuviera Ariadne, ya que no podría evitar que se le notara el resentimiento hacia ella.

—¿Has dormido bien? —le preguntó.

—No tienes por qué hacerte la amable conmigo. Ya sé que estoy castigada. Pero no soy la culpable si tú mentiste acerca de las razones por las que aceptaste este trabajo.

— Prefiero no hablar de ello.

— Seguro. No me lo puedo creer. Petronides y tú teniendo un lío.

— No uses esa expresión.

— Muy bien. Me resulta difícil creer que él pueda querer tener sexo con alguien como tú.

—¿Por qué?

— Bueno, él es un millonario, ¿no? Quiero decir que tú no estás mal, pero podría tener cualquier mujer que quisiera.

—Y, seguramente, así es —dijo Paige queriendo cambiar de conversación—. De cualquier manera, será mejor que empieces a hacer la maleta después de desayunar.

—¿Hacer las maletas? —preguntó Sophie extrañada—. Oh, no. ¡No querrás decir que nos vamos!



—Bueno, ¿qué te esperabas después de que anoche dijiste bien claro que has consumido drogas?

—Pero eso no es cierto. Lo único que he probado es la hierba. La heroína no era mía, sino de Justine. Me pidió que se la guardara la última vez que fue a casa.

—¿De Justine? ¿Justine Lowery?

La chica era una de las amigas del colegio caro al que había ido Sophie, hija de un juez.

—Cielos, no me imagino la reacción de su padre si lo descubre.

—Pero no lo descubrirá, ¿verdad? Tú la tiraste por el retrete. No sabes cómo se puso cuando se lo dije. Dudo mucho que vuelva a confiar en mí.

—Menos mal —dijo Paige secamente.

Temía lo que podía pasar cuando volvieran al país. Para empezar, tendría que preguntarle a la tía Ingrid si se podían quedar unos días hasta que ella pudiera encontrar algún sitio donde vivir. Pero aunque Nikolas le pagara las tres semanas que habían estado allí, no le iba a resultar fácil encontrar algo.

—De todas formas, Petronides no te ha pedido que te vayas, ¿verdad? —dijo Sophie.

Pero antes de que Paige pudiera responder, apareció Ariadne.

Llevaba unos pantalones y camiseta y parecía particularmente complaciente esa mañana. Paige miró su taza de café cuando se sentó.

— Buenos días — dijo incluyéndolas a las dos en el saludo —. Lamento llegar tarde. Me he dormido.

—¿No te despertó Nikolas cuando se levantó? — le preguntó Paige secamente, consiguiendo que su hermana la mirara sorprendida—. Kiria Papandriou dijo que él ha desayunado pronto.

—¿Cómo voy a saber yo dónde está Nikolas? No tengo ni idea de cuándo se ha levantado.

—Me sorprendes. Creía que le habías dicho a Sophie que él y tú estabais teniendo una relación.

Ariadne se puso color escarlata. Si a Paige le quedara alguna duda acerca de la sinceridad de Nikolas, se habrían esfumado en ese momento.

—¿Ella... le ha dicho eso?

Tragó saliva evidentemente y luego pareció que no tenía más remedio que soltarlo todo.

—¿Qué ha pasado? ¿Ha descubierto que ella ha estado bajando al pueblo todas las noches?

—Sí, ella me lo ha contado. Y también lo del pequeño acuerdo al que supuestamente habíais llegado. ¿Sabe Nikolas que andas contando esos cuentos de él?

—No son cuentos. Me alegro de que ella le haya contado lo que le dije, pero realmente no creo que eso sea cosa suya.

Paige se mordió el labio inferior.

—Pero eso no es cierto, ¿verdad? —insistió—. Te lo inventaste porque Sophie se

metía contigo por no tener amigos.

— ¡No!

Ariadne miró a Sophie y Paige se dio cuenta de que la chica nunca admitiría eso delante de la otra.

— Es cierto — añadió Ariadne —. Supongo que le resultará difícil de creer, pero Nikolás y yo llevamos meses siendo amantes.

— ¡Mientes!

Paige no supo cuál de las tres se quedó más sorprendida ante la súbita intervención de Nikolás.

Había pensado que estaban solas en el patio, pero se dio cuenta de que Nikolás llevaba todo el rato sentado en una de las tumbonas cerca de la piscina y lo había oído todo.

El se levantó y Paige vio que llevaba la misma ropa de la noche anterior. Se había quitado la corbata y abierto la camisa. A juzgar por la barba, supuso que había pasado la noche allí mismo.

— Estás mintiendo — repitió él mientras se acercaba—. Sophie me contó lo que le habías dicho, pero aún esperaba que te hubiera malinterpretado. Pero no es así, ¿verdad, Ariadne? Has destruido nuestra amistad diciendo esas cosas vergonzosas y que no son más que un rudo intento de destruir mi reputación.

—No... —dijo Ariadne poniéndose en pie—. Eso no es cierto. Nikolás, no te enfades conmigo, por favor. No sabes lo que ha sido esto para mí.

Miró entonces agónicamente a Sophie y añadió:

—Ella me hizo hacerlo. Sophie siempre se estaba metiendo conmigo y yo tenía que decir algo para que dejara de hacerlo.

Nikolás no se conmovió.

— Así que decidiste difamarme.

— No —respondió Ariadne mirándolo aterrorizada—. Ella me dijo que no sabía por qué yo soportaba el que siempre me estuvieras diciendo lo que debía hacer, así que la dejé creer que nosotros éramos... más que amigos.

— La dejaste creer que éramos amantes — la corrigió él.

Cruzó los brazos y la miró con tal cara de disgusto que Paige sintió lástima por la chica.

—Bueno, tal vez... No es tan increíble, ¿verdad? El año que viene seré lo suficientemente mayor como para casarme.

—No conmigo. De hecho, creo que será más conveniente que vayas a un internado. Estoy seguro de que podremos conseguir que te admitan durante el resto del verano. Y el colegio ya sabes que empieza de nuevo en octubre.

Ariadne se quedó horrorizada.

—No lo dices en serio, Nikolás.

— Sí.

— Pero... Tú dijiste que me podía quedar aquí hasta que empezara el colegio.

—Eso fue antes de que mostraras esa parte desagradable de tu naturaleza

—respondió él fríamente—. ¿Cómo crees que me sienta saber que has estado pensando esas cosas?

Ariadne abrió la boca y respiraba agitadamente. Paige sospechó que se iba a poner a llorar en cualquier momento. No le apetecía seguir siendo testigo de la humillación de la chica. Al parecer, ni siquiera le estaba gustando a Sophie, a pesar de que, seguramente, su hermana estaba pensando que Ariadne se lo había buscado.

Paige apoyó las manos sobre la mesa y tomó una decisión.

—Creo que, si nos disculpáis...

— ¡Quédate! — le ordenó Nikolas—. Por favor.

Paige, aunque estaba segura de que no le iba a gustar nada a Ariadne, se sentó de nuevo.

Pero Sophie no se sintió obligada, así que se levantó y le dijo a su hermana:

—Voy a hacer las maletas.

Paige se preguntó si se daba cuenta de lo provocadoras que sonaron esas palabras. Al parecer, para Sophie, Ariadne ya estaba de camino al colegio.

—Dijiste que siempre cuidarías de mí —dijo Ariadne, sin comprender que, difamándolo, había hecho algo imperdonable para él—. Cuando mis padres murieron, dijiste que siempre podría apoyarme en ti para todo. Dijiste que considerabas un privilegio que mi padre te hiciera mí... mí...

— Protector. Yo estaba orgulloso de que tu padre me considerara un buen sustituto suyo. He tratado de comportarme como lo haría un padre, Ariadne. Te he querido como padre. Nada más.

Las lágrimas empezaron a correrle por las mejillas a Ariadne.

—Pero me dijiste que era hermosa. Esa noche, la noche que me puse el vestido de mi madre, dijiste que me parecía a ella.

— Y así era te pareces mucho a ella. Eres su hija, Ariadne. Pero por favor, no confundas la admiración con el amor.

La chica tragó saliva.

—¿No me amas?

—Yo nunca te he amado como un hombre ama a la mujer con la que se quiere casar

— Y me estás mandando lejos...

—Te estoy enviando de vuelta al colegio —dijo él y su rostro mostró el cansancio que sentía—. No pienses que me vas a hacer cambiar de opinión, Ariadne. Te sugiero que, hasta que empiece el curso, te dediques a pensar lo que quieres estudiar cuando vayas a la universidad.

—¿A la universidad?

Ariadne se puso a llorar más todavía y miró llena de dolor a Paige. Luego se metió en la casa. De repente pareció tan joven que Paige sintió lástima y, a pesar de la expresión de Nikolas, se puso en pie y la siguió.

—Voy con ella —dijo.

Pero no -estaba convencida de que Ariadne quisiera su compasión.

—Paige —le dijo Nikolas—. Quiero hablar contigo. Después de que me haya lavado un poco.

—Muy bien. Estaré en mi habitación. O en la de Ariadne. Aunque dudo que quiera mi ayuda.

Alcanzó a la chica cuando subía las escaleras. Por lo lenta que iba y la cara de esperanza que puso cuando la oyó detrás, estaba claro que a quien esperaba era a Nikolas.

Se la vio decepcionada, pero por una vez, no dijo nada desagradable, sino que la miró como si se esperara que ella fuera a disfrutar de su desgracia.

—¿Estás bien?

Paige se dio cuenta de que, en esas circunstancias, era una pregunta bastante idiota, pero no se le ocurrió nada más.

Por lo menos, Ariadne había dejado de llorar.

—Como si le importara —murmuró la chica apagada.

—Todos cometemos errores. Mira, no me hagas mucho caso, pero estoy segura de que, con el tiempo, Nikolas te perdonará. Ahora está enfadado, pero se le pasará si tú te mantienes una temporada fuera de su vista. Seguramente te deje quedarte aquí hasta que el colegio empiece de nuevo.

Ariadne abrió mucho los ojos.

—¿Lo cree de verdad?

—Bueno, es una posibilidad. ¿Por qué no vas a lavarte la cara y cepillarte el cabello? Luego desayuna. Te sentirás mejor después de haber comido algo.

—De acuerdo.

Ariadne dudó un momento, luego juntó las manos y añadió:

— Gracias.

Paige se encogió de hombros.

—De nada.

—No, lo digo en serio.

Estaba claro que quería decir algo más y, por fin, lo hizo.

— Creo que usted entiende a Nikolas más que yo.

—Yo no diría eso.

—Yo sí. Siempre le hace caso a usted.

—¿Sí? Bueno, yo no he tenido ninguna influencia en su decisión.

— Pero la puede tener.

Ariadne la animó para que la acompañara a su habitación y siguió hablando.

—Sí... sí le dijera lo mucho que lo lamento, lo mucho que me gustaría que esto no hubiera sucedido nunca. Que todo ha sido un error. Que nunca pretendí que él lo descubriera...

—Mira, Ariadne. Déjalo ya. Te he dicho lo que pienso, pero no puedo luchar en tus batallas por ti. Es cosa tuya demostrarle a Nikolas que lo sientes. Y diciéndole que no pretendías que descubriera lo que estabas diciendo de él, no lo vas a conseguir.

—¿Entonces qué?

Ariadne parecía con ganas de seguir la conversación, pero Paige ya había tenido bastante. Le apretó la mano para darle confianza y empezó a volverse por donde había venido.

Esperaba que Sophie estuviera en su habitación haciendo las maletas. Lo último que necesitaba en ese momento era otra discusión con su hermana.

Sophie estaba en su habitación, pero no haciendo las maletas. Estaba sentada en la balconada y la miró interrogativamente cuando entró.

—¿Y bien? —le preguntó como si no le importara—. ¿Lo has arreglado ya todo? Hey, pensé que Petronides la iba a pegar, ¿tú no? ¡Pobre Ariadne! Ha debido querer morirse cuando vio que él llevaba oyéndola todo el rato.

— Sí, bueno, eso no tiene nada que ver con nosotras. Y creo que dijiste que ibas a hacer las maletas.

—Pero no nos vamos a ir, ¿verdad?

—¿Y qué otra cosa te imaginas? Ya oíste a Nikolas cuando dijo que iba a mandar a Ariadne a un internado.

—Bueno, sí, pero eso fue en el calor del momento — dijo Sophie suspirando—. El te hará caso a ti. ¿No podrías convencerlo de que no lo haga?

—No, no podría.

A Paige le molestó el hecho de que las dos chicas pensaran que la podían utilizar para conseguir lo que querían y añadió:

—En cualquier caso, creía que tú estabas ansiosa por volver a Londres.

—Y lo estaba. Pero eso fue antes... antes...

—¿Antes de que empezaras a ir a Agios Petros todas las noches? Sinceramente, Sophie, de verdad que te has pasado de la raya. No piensas en nadie más que en ti misma.

— Solo estaba divirtiéndome —protestó Sophie—. Seguro que tú te divertiste mucho cuando tenías mi edad.

—Cuando yo tenía tu edad, mamá estaba enferma y papá estaba como loco de preocupación por ella — respondió Paige secamente—. Pasaron tres años antes de que conociera a Nikolas, si es a eso a lo que te estabas refiriendo.

Sophie frunció el ceño.

— ¿Lo conocías desde hacía mucho tiempo?

—No. Nos presentó papá y supongo que estuvimos juntos unas dos semanas.

— ¡Dos semanas! —exclamó Sophie impresionada—. ¡Vaya, Paige! ¡Te ligaste a un millonario en menos de quince días! Cuéntame. ¿Fue tu primer amante? ¿Cómo fue la cosa?

— ¡Debes estar bromeando!

Paige se estremeció al pensar en lo que pensaría su hermana si le contara lo crédula que fue. Se dirigió a la puerta antes de que Sophie se percatara de la vergüenza que sentía y añadió:

—Yo voy a empezar a hacer mis maletas. Nikolas me ha dicho que me quiere ver y no necesito una bola de cristal para saber para qué.

## Capítulo 14

PAIGE decidió darle una hora a Nikolas para que mandara a alguien a por ella en vez de ir a verlo directamente. Sucediera lo que sucediese antes de marcharse de allí, tenía que saber lo que le había querido decir él la noche anterior, con eso de que había tratado de ponerse en contacto con ella después de su huida. Probablemente lo había dicho para tranquilizarla, pero ella quería saber la verdad.

O eso fue lo que se dijo a sí misma.

Mientras tanto, se dedicó a hacer la maleta, pero no podía dejar de pensar que, a lo mejor su padre había interferido sus llamadas. Pero eso no podía ser, por muy rastrero que hubiera sido su padre en los negocios, siempre había confiado en ella. Y si había interceptado las llamadas de Nikolas, ¿no lo habría hecho para protegerla a ella? después de la forma en que Nikolas se había comportado, su padre tenía todas las razones para no confiar en él.

¿O las había interceptado de verdad?

Apartó ese pensamiento y siguió con las maletas. Entonces alguien llamó a la puerta y ella supuso que sería una de las doncellas que le iba a decir que él la estaba esperando en su despacho. La mandó pasar y siguió haciendo la maleta. Pero un sexto sentido le dijo que quien había entrado no era una doncella.

Se sorprendió al verlo cerrar la puerta.

—¿Qué estás haciendo?

Era una pregunta retórica, ya que debía estar muy claro.

—No sé la hora de salida de los vuelos desde Atenas. Yo... Tal vez le puedas pedir a Yanis que nos encuentre billete en uno de ellos.

—¿Y por qué lo iba a hacer? No vais a ninguna parte.

Paige parpadeó.

—Pero yo creía...

—¿Sí? ¿Qué creías? —dijo él apartándose de la puerta—. ¿Que iba a permitir que te marcharas otra vez?

—Había pensado que te alegrarías de que te lo pusiera fácil — dijo ella, tragándose la sorpresa—. ¿Era de eso de lo que me querías hablar?

—En parte. Pero primero quería disculparme por el comportamiento de Ariadne. Me temo que la he malcriado bastante. No tenía ni idea de que ella creía que mi afecto por ella era más que eso, afecto.

Paige agitó la cabeza.

—Las chicas jóvenes se enamoran a menudo de hombres mayores. Me refiero a amores platónicos, por supuesto. Ya se le pasará.

—¿Y eso te pasó a ti? —le preguntó él rudamente—. Sí, supongo que tú puedes entender sus sentimientos mejor que la mayoría.

Paige se quedó boquiabierta.

—Espero que no quieras decir que lo que yo... lo que compartí contigo era un enamoramiento platónico e infantil, ¿verdad?

Él se encogió de hombros.

—¿Y qué si no? He de decir que se te pasó pronto.

—No sabes nada de mis sentimientos —gritó Paige indignada—. Espero que no me estés queriendo decir que significué algo para ti. Aunque le hayas dicho a Sophie que trataste de ponerte en contacto conmigo cuando me volví a casa. Y de paso, ¿a qué vino eso? ¿Para salvar mis sentimientos o los tuyos?

—¿Y por qué iba a querer yo salvar tus sentimientos?

—Eso, ¿por qué? Entonces, se trataba de los tuyos. Debería haberlo sabido. Espero que te des cuenta de que, por unos momentos, me has hecho dudar de la palabra de mi padre.

—Y deberías hacerlo —dijo él—. No deseé su muerte, Paige, pero ese hombre tiene muchas culpas encima.

—¿Cómo te atreves? —exclamó ella indignada—. ¿Cómo te atreves a manchar el nombre de mi padre? ¡ Él dijo que tú eras un cerdo sin escrúpulos y tenía razón!

—¿Eso te dijo? Bueno, cree el ladrón que todos son de su condición.

—No tienes derecho a criticar a alguien que no se puede defender.

—¿No? ¿Incluso cuando ese mismo hizo lo que pudo para arruinar mi reputación? —dijo Nikolas acercándose—. Así que no te lo contó, ¿verdad?

—¿Qué no me contó?

Nikolas agitó la cabeza.

—Yanis me dijo que era posible, pero yo no lo creí. Pensé que lo hizo solo para salvar la piel.

—¿Yanis? ¿Y por qué iba a tener él que salvar...?

— Porque fue él quien te organizó la salida de la isla. ¿No te extrañó nunca el hecho de que yo pareciera haber perdido todo interés en ti cuando te marchaste?

Paige agitó la cabeza.

—Yo... no...

—¿Significó tan poco para ti?

—Yo no he dicho eso.

—¿Qué estás diciendo entonces? ¿Tienes idea de cómo me sentí yo cuando Yanis me dijo que te habías marchado?

— Supongo que aliviado.

—Desesperado — la corrigió él y la tomó por los hombros—. Paige, ¿no te diste cuenta de lo que sentía por ti, por nuestra relación? ¿No se te ocurrió que, si lo único que yo hubiera querido era llevarte a la cama, entonces no habría respetado tu inocencia durante el resto del tiempo que estuviste en el yate?

Paige no supo cómo responder.

— Yo... pensé... No supe lo que pensar.

—Entonces escucha esto: traté de ponerme en contacto contigo cuando volviste a Londres. Varias veces. Hasta que tu padre me dijo que estaba perdiendo el tiempo, que había otro hombre en tu vida y que, en cualquier caso, tú solo actuaste siguiendo sus instrucciones.

—No...

—Sí. ¿Por qué te crees que me enfadé tanto conmigo mismo cuando traicioné mis sentimientos al besarte ese día en el muelle? Paige, durante cuatro años he pensado que me habías hecho hacer el tonto. Mi único consuelo era que tu padre no había conseguido lo que quería, aquello en lo que había apostado tu inocencia para conseguirlo.

—No...

Nikolas la abrazó entonces.

—Yo no te traicioné, Paige. Me enamoré de ti. Quise casarme contigo. Pero tu padre no supo aceptar la derrota y, a pesar de que al final le costó caro, destruyó lo que yo más deseaba.

Paige agitó la cabeza.

— Mi padre está muerto.

—¿Y te crees que yo no lo sé? Tú tenías razón, ¿sabes? El día que almorzamos juntos entendiste perfectamente mis motivos. No fue una coincidencia el que yo me pusiera en contacto con la empresa de Price. Llevaba cuatro años esperando mi venganza y, cuando supe que tu padre había muerto, pensé que cualquier posibilidad de venganza había muerto con él.

Paige lo miró atontada.

— ¿Por qué me estás contando esto ahora?

— Porque quiero que sepas la verdad. No va a haber más mentiras ni medias verdades entre nosotros. Si decides perdonarme, será porque lo sepas todo. No solo aquello que yo quiera que sepas.

Paige se humedeció los labios y, como si no lo pudiera evitar, Nikolas inclinó la cabeza para que sus lenguas se tocaran, algo que hizo que a ella le fallaran las rodillas y se agarrara a su cintura para no caerse.

Nikolas se apartó y continuó hablando.

—Muy dulce. Tienes un gusto como ninguna otra. Pero no me quiero ir por las ramas. Quiero que sepas todos mis pecados, y convencer a Price para hablar de ti solo fue el menor de ellos.

— No lo entiendo.

—¿Pero lo quieres entender?

— Sí.

—Muy bien. Debes saber entonces que era del conocimiento público el que tu padre murió debiendo una pequeña fortuna, y yo observé con interés tus esfuerzos para rescatar algo del desastre que dejó tras él. Oh, sí. No estoy orgulloso de mis actos, agaphita, pero tienes que recordar que tu padre me había dicho que tú habías tomado parte voluntariamente en el juego de seducirme.

Paige agitó la cabeza.

—El no diría eso.

—Ah, pero lo hizo. Y más —dijo él acariciándole las mejillas—. Quiso hacerme creer que todo lo que había sucedido había sido a propósito, que tú hacías todo lo que te pedía y que la razón por la que te marchaste fue por la vergüenza que te dio haber



fallado.

Paige parpadeó.

— ¿Pero cómo te pudiste creer eso?

— ¿Y cómo no me lo iba a creer cuando tú no me devolviste nunca mis llamadas?

— Pero yo no...

— ¿No supiste de ellas? Sí, ahora lo sé. Pero en ese tiempo me temo que mi ira me cegó a la explicación más transparente. Si no me hubiera molestado tanto tu aparente comportamiento, habría ido a Londres y habría sabido la verdad por ti misma.

Paige respiró temblorosamente.

— Si hubieras ido a Londres, podría no haber servido de nada —murmuró—. Papá me dijo que tú te habías reído cuando él te expresó su rabia por lo que habías hecho. Dijo que tú le habías dicho que había sido culpa suya por haber sido tan tonto como para confiar en ti.

Nikolas maldijo en griego y ella entendió su frustración por la forma en que su padre los había traicionado a los dos. Era como si no le hubiera importado en absoluto la felicidad de su hija; como si la muerte de su madre hubiera destruido los mejores sentimientos que tuvo en su momento.

Después de unos minutos, Nikolas se controló de nuevo con dificultad.

— Así que es mejor no seguir pensando en el pasado. Digamos que los dos teníamos nuestras propias razones para despreciar al otro, ¿no? Pero tal vez puedas entender ahora por qué yo tenía tanta curiosidad por saber cómo te las podrías arreglar en la situación en que te viste. Por supuesto, el comportamiento de Price fue predecible. Hace ya un tiempo que yo sabía que ese tipo tenía el ojo puesto en el dinero de tu padre. ¿Tú lo amabas?

Paige suspiró.

— Tú ya debes saber que no, si no, no me harías esa pregunta.

— Eso esperaba —dijo él dándole un leve beso en el borde de la boca—. Pero soy muy obstinado y, si hay algo que quiero, puedo esperar lo que sea para conseguirlo.

— Pero tú dijiste...

— Venganza. Yo quería venganza, y tu vulnerabilidad me proporcionó la oportunidad perfecta.

— Ya veo.

— ¿Sí? Me extraña. No tienes ni idea del tormento por el que pasé, preguntándome si tú resultarías como tu padre, después de todo.

Paige frunció el ceño.

— ¿Qué quieres decir?

— Oh, Paige; seguramente debe habérsete ocurrido que podrías haber encontrado con facilidad un protector rico para Sophie y tú. Debiste conocer a montones de hombres con los negocios de tu padre. Seguro que muchos de ellos habrían accedido alegremente a...

— ¿Te refieres a venderme? Ya te dije una vez, Nikolas...

— Que no estabas a la venta. Eso lo sé ahora. Pero en ese tiempo... —dijo él

suspirando—, no me siento orgulloso de lo que pensé entonces sobre ti. Pero cuando quitaste a Sophie del colegio exclusivo al que iba y te fuiste a vivir con tu tía, supe que había llegado el momento de que yo actuara.

—¿Sabías todo eso y aún creías que yo...?.

—No. En lo más profundo, supongo, siempre supe que la criatura que me había descrito tu padre no se parecía en nada a la mujer hermosa y sensible de la que me había enamorado. Aún así, seguía creyendo que me habías traicionado, que esa era la razón por la que huiste.

—No lo era.

Nikolas sonrió.

—Eso lo puedo creer ahora. Pero he de admitir que, en ese tiempo, no estaba tan seguro. Solo tenía la palabra de tu padre, y la evidencia de lo que yo mismo había visto, para convencerme de que tú ya no encontrabas útil mi amor.

—¡Oh, Nikolas!

—Me crees, ¿verdad?

—Sí, te creo.

—Porque tengo que decirte que, después de las mentiras que ha estado contando Ariadne sobre mí, mi ego está muy afectado.

—Te creo

Esta vez, cuando él la besó, ella le echó los brazos al cuello.

Dentro de ella fluyeron el deseo y al ansia mientras él le exploraba el interior de la boca con la lengua, encontrándose y jugando con la suya. Paige cerró los ojos y se le escapó un gemido cuando él se apartó de su boca y la besó en el cuello.

Ella no era ya una niña inocente y, cuando él le introdujo una pierna entre las suyas, abrió los ojos para ver la pasión reflejarse en su mirada.

El la deseaba, pensó mareada. Ella siempre lo había deseado a él, y era increíble pensar que ese sueño imposible estuviera casi a su alcance.

—Hey, Paige... ¡Ooops!

La entrada de Sophie en la habitación fue tan inesperada como poco bienvenida y Paige se sintió mal cuando Nikolas se apartó lentamente de ella.

Se produjo un incómodo momento de silencio mientras Paige rogaba para que su hermana tuviera un poco de discreción por una vez y desapareciera de nuevo. Pero sabía muy bien que eso no iba a suceder. Su hermana era demasiado curiosa como para marcharse así como así, y cuando se apoyó en el quicio de la puerta, Paige supo que le iba a pedir una explicación que ella no tenía.

—¿Significa esto que, después de todo, no nos vamos? —preguntó Sophie con su habitual falta de sensibilidad.

— ¡Sophie!

Pero antes de que Sophie pudiera responder, Nikolas tomó por la muñeca a Paige.

—¿Significa esto que tú no tienes ninguna objeción? —le preguntó él a Sophie.

— ¿Lo dices en serio?

Luego miró a su hermana y añadió confusa:

— Quiero decir... yo pensaba...

Paige disfrutó de la experiencia de ver a su hermana sin palabras por una vez.

—¿Sí? ¿Qué piensas, Sophie?

Al parecer, Nikolas también estaba disfrutando del momento, pero Paige no creyó que lo que fuera a decir su hermana fuera a influirle de una forma u otra.

—Bueno, yo... ¿se supone que esto es una especie de broma o algo así? Yo creía que dijiste que Ariadne iba a volver al colegio. Paige dijo que nos íbamos. ¿No es así, Paige? Bueno, ¿nos vamos o no? Tengo derecho a saberlo.

—Ah... —dijo Nikolas—. Bueno, Sophie, yo diría que tu pregunta es un poco... ¿prematura?

Paige se sintió devastada por completo ante esas palabras y se soltó de la mano de Nikolas al tiempo que se apartaba un poco de él.

Pensó que había sido una tonta. ¿Por qué no se había dado cuenta de lo que estaba sucediendo? ¿Por qué no había visto que él había hablado en pasado? Había dicho que se había enamorado de ella, que había querido casarse con ella. Entonces, no en ese momento. Ahora lo único que él quería era una satisfacción, una oportunidad de demostrarse a sí mismo que ella era tan vulnerable hacia él como lo había sido siempre.

—¿Prematura? —preguntó Sophie y Paige deseó desesperadamente que se callara—. ¿Qué quieres decir con eso de prematura? No parecía que hubiera nada prematuro en la forma en que estabais actuando los dos cuando...

— ¡Sophie!

Paige estaba horrorizada, pero Nikolas pareció encontrar divertido el candor de Sophie.

—Tienes razón —dijo él cuando Paige empezó a acercarse a su hermana para sacarla a empujones de allí.

Fue tras ella y, a pesar de sus intentos para resistirse, le rodeó la cintura con el brazo y dijo:

—Acabamos de empezar a entendernos el uno al otro, ¿no es así, agaphita?

Entonces, para vergüenza de ella y sorpresa de Sophie, le dio un beso en la nuca.

—Por primera vez en cuatro años, hemos sido completamente sinceros el uno con el otro.

—¿Es así como lo llamas? —dijo Paige tratando desesperadamente de soltarse.

—De momento servirá con eso. Deja de luchar conmigo o tu hermana pensará que no me amas, después de todo.

—¿Amarte?

Entonces, haciendo caso omiso de la cara de sorpresa de Sophie, la tomó por completo en sus brazos y la besó en la boca.

—Como yo te amo a ti —afirmó Nikolas. Paige se estremeció.

— Dijiste... que la pregunta de Sophie era prematura.

—Y lo ha sido. Todavía no he tenido tiempo de decirte lo que siento, de pedirte que me hagas el honor de ser mi esposa.

Las rodillas le fallaron a Paige y ni siquiera

Sophie se atrevió a intervenir entonces.

— Supongo que nos quedamos —murmuró Sophie y salió discretamente de la habitación, aunque ninguno de los dos se dio cuenta de ello.

Epilogo

PAIGE se despertó con el ruido de la lluvia sobre la cubierta del yate. Por fin había descargado la tormenta, pero no podía decir que le importara. A pesar de que habían estado haciendo un crucero por las islas griegas, Nikolas y ella apenas habían salido del camarote.

Suspiró. Todavía era temprano y sabía que debía tratar de volver a dormirse, pero no pudo resistir la tentación de mirar a su lado, a Nikolas. Aunque hacía ya tres semanas que se habían casado en la pequeña iglesia de Agios Petros, aún le resultaba difícil de creer el que él fuera su marido y que la amara tanto como ella lo amaba a él, y que los errores del pasado fueran solo un recuerdo desagradable.

Hacía ya tiempo que había perdonado a su padre por la parte que había tenido en su separación, pero pensaba que aún así le debía haber conocido a Nikolas y que el posterior deseo de venganza de él hubiera hecho posible el que se reunieran de nuevo.

Ahora sabía que Nikolas nunca le habría hecho daño. En lo que se refería a ella era completamente vulnerable e, incluso sus familiares más cercanos se habían quedado sorprendidos por esos sentimientos que él nunca trató de ocultarles. Incluso esos mismos familiares, sus padres y hermanas, habían aprobado el matrimonio.

Suspiró cuando recordó la boda, que había sido preciosa. La tía Ingrid había asistido también y lo hizo encantada. Incluso accedió a quedarse después para tener vigiladas a Sophie y Ariadne durante la luna de miel.

Yanis se había quedado también en la isla, ocupándose de los negocios de la familia, algo que le alegraba a Paige, ya que su tía era un encanto, pero Sophie podía seguir sacándola de quicio, y Ariadne, que había visto aliviada que no la iban a mandar al colegio antes de tiempo, había desarrollado de repente una inesperada amistad con Sophie.

Ambas volverían al colegio en otoño, Sophie a uno británico en Atenas y Ariadne al que había estado yendo antes. Las dos pasarían los fines de semana con ellos, siempre que pudieran, ya que Nikolas no tenía la menor intención de separarse ni por un momento de su esposa, que lo acompañaría a todos sus viajes de negocios.

Las dos chicas lo habían aceptado todo sin protestar y, a pesar de que Paige estaba segura de que, en el futuro no todo iría tan bien, mientras ella y Nikolas siguieran juntos, estaba segura de que no habría nada que no pudieran afrontar.

**Anne Mather - Un novio millonario (Harlequín by Mariquiña)**